

OLAVIDE, PABLO DE (1725-1803)

*LA FEDRA*

Tragedia en cinco actos

PERSONAJES

TESEO, esposo de Fedra.

FEDRA.

ENONE, su Confidenta.

HIPÓLITO, amante de Aricia.

ARICIA.

ISMENA, su Confidenta.

PANOPE.

TERAMENE.

GUARDIAS.

ACTO I

*Scena I*

HIPÓLITO y TERAMENE.

HIPÓLITO

Ya estoi resuelto, Teramene mío;  
voi a partir, y de Trecena dexo  
la amable habitación en la cruel duda  
que el corazón me agita; ya comienzo  
a avergonzarme de mi inútil ocio;  
ha ya más de seis meses que mui lejos  
de un respetado padre, su destino  
descubrir no han podido mis esfuerzos.

TERAMENE

¿Y a qué lugar queréis ir a buscarle?  
Ya por satisfacer el orden vuestro  
ha corrido mi zelo los dos mares  
que Corinto separa, por Teseo.

También he preguntado en las regiones  
situadas en la orilla, donde el negro  
Acheronte en el Tártaro se pierde;  
he visitado la Élide, y corriendo  
el Tenate, he pasado hasta las ondas  
que de sepulcro a Ícaro sirvieron.  
¿Con qué nueva esperanza lisonjera,  
en qué dichosos Climas vuestro afecto  
pretende ahora buscarle? ¿Ni quién sabe  
si vuestro mismo padre con intento  
quiere esconder la causa de su ausencia?  
Y que mientras nosotros de sus riesgos  
aquí temblando estamos, él tranquilo,  
y de nuevos amores en el seno  
nos procura ocultar su ardiente llama,  
y a otra nueva hermosura seduciendo...

#### HIPÓLITO

Querido Teramene, no prosigas,  
y a Teseo respeta; ya su pecho  
de sus primeros jóvenes ardores  
ha reprimido los ardientes fuegos;  
y no creo que pueda detenerle  
un obstáculo vil; ha largo tiempo  
que habiéndole fijado la inconstancia,  
rival no tiene Fedra en sus afectos;  
por fin, yo con buscarle habré cumplido  
con lo que mi deber me está imponiendo,  
y lograré salir de este parage  
en que no puedo estar, ni a estar me atrevo.

#### TERAMENE

¿De cuándo acá, Señor, os importunan  
estos países plácidos y amenos,  
que tan gratos os fueron en la infancia,  
y que habéis preferido, satisfecho,  
al tumulto, la pompa y los placeres  
de Atenas y la Corte? ¿Pues qué riesgos,  
o qué disgusto de ellos os arroja?

#### HIPÓLITO

¡Ay Teramene! Ya pasó este tiempo;  
todo, amigo, mudó desde el instante  
que a estos amables Climas envió el cielo  
de Pasiphae, y Minos a la hija.

TERAMENE

No digáis más, Señor, que ya os entiendo.  
Fedra os disgusta, y choca vuestros ojos;  
madrastra cruel os vio siempre su pecho  
con aversión, y fue la primer prueba  
que dio de su poder, vuestro destierro;  
pues el odio con que antes os miraba,  
o se ha extinguido, o ya se anima lento;  
por otra parte, ¿qué peligro puede  
daros una mujer que está muriendo,  
y que busca los medios de morirse?  
¿Fedra herida de un mal que con empeño  
se obstina en ocultar, y ya cansada  
de sí misma, del día y sus alientos,  
tener contra vos puede algún designio?

HIPÓLITO

Su vana enemistad no es la que temo;  
yo parto por huir de otra enemiga,  
de esta joven Aricia, último resto  
de una sangre a nosotros siempre opuesta.

TERAMENE

¿Qué es lo que oigo, Señor? ¿Pues que vos mismo  
también la perseguís? La amable hermana  
de los viles Palántides soberbios,  
no ha tenido jamás alguna parte  
en los delitos pérfidos y fieros  
de sus crueles hermanos; ¿y sin causa  
debéis odiar su amable candor bello,  
sus inocentes gracias?

HIPÓLITO

¡Ay amigo!  
Si yo la odiara, no la fuera huyendo

TERAMENE

Señor, ¿os dignasteis de permitirme  
que explique de esta fuga lo que pienso?  
¿Vuestro genio ha mudado? ¿Por ventura  
ya no sois Hipólito sobervio,  
enemigo terrible, e implacable  
de las leyes de amor y el yugo fiero  
que Teseo ha sufrido tantas veces?  
¿Venus, la airada Venus, que con ceño  
se ha visto despreciar por vuestro orgullo,

por fin justificar quiere a Teseo?  
¿Y poniéndoos a vos a un nivel mismo  
con los demás humanos, el incienso  
os fuerza a derretir en sus altares?  
¿Amáis, Señor? Decídmelo sincero.

#### HIPÓLITO

¿Qué pronuncias, amigo? Tú que has visto  
mi corazón desde sus años tiernos,  
¿quieres que ahora desmienta indignamente  
mis fieros y orgullosos sentimientos?  
Tú sabes que no sólo con su leche,  
una madre Amazona acá en el pecho  
me ha inspirado un orgullo generoso,  
un corazón intrépido y alientos;  
quando me conocí supe yo mismo  
aplaudirme glorioso de tenerlos;  
tú entonces siempre unido a mi persona,  
con placer me contabas y con zelo,  
la historia de mi padre, y sabes cuánto  
mi alma atenta a tu voz se iba encendiendo  
al escuchar sus ínclitas hazañas,  
quando me hacías ver al Héroe excelso  
que de la ausencia del invicto Alcides  
quedaba consolando al Universo;  
esos monstruos feroces destrozados,  
los huesos divididos y dispersos  
del bárbaro Gigante de Epidauro,  
por fin a Creta, que aún se estaba viendo  
humear del Minotauro en la impía sangre,  
y las demás hazañas de su esfuerzo;  
pero luego que tú me referías  
hechos menos gloriosos; por exemplo,  
su amor tan fácilmente prometido,  
y aceptado por cien distintos pechos;  
una Elena robada a sus parientes  
en el seno de Esparta; a Peribeo,  
cuyo llanto correr vio Salamina,  
y otros mil corazones que ligeros  
supo engañar su ardor, de cuyos nombres  
ya ni siquiera puedo hacer recuerdo;  
Ariadna, que a las rocas triste cuenta  
la bárbara injusticia de su pecho,  
y finalmente Fedra, que robada  
fue con auspicios de mejor aspecto.  
Tú sabes que escuchándote esta parte,

con afán y dolor te iba pidiendo,  
que abreviar procurases tus discursos  
dichoso yo mil veces, si mi aliento  
entregara al olvido esta indecente  
mitad indigna de sus altos hechos.  
¿Y que pudiera yo verme ligado  
a tan infame yugo? ¿Hasta este extremo  
pretendieron los Dioses humillarme?  
Tanto más despreciable en mis afectos,  
quanto a Teseo en fin hace excusable  
su mucha gloria, y que ningún perverso  
domado por mi brazo hasta este día  
de ser débil como él, me da derechos.  
Aun quando mi fiereza se ablandara,  
¿debiera nunca de mi amante fuego  
ser el objeto la inocente Aricia?  
¿Pudiera yo olvidarme de el eterno  
obstáculo cruel que nos divide?  
Mi padre la reprueba, y es su intento  
que a sus hermanos no les dé sobrinos;  
de esta culpable raza está temiendo  
un renuevo, y pretende que su nombre  
con esta hermana se sepulte a un tiempo,  
y que ella hasta la tumba sometida  
a su tutela y leyes de Himeneo,  
jamás pueda mirar arder la tea.  
Éste es todo su ardor, todo su anhelo;  
¿podré yo pues injusto y atrevido  
la defensa tomar de sus derechos  
contra un padre irritado y poderoso?  
A la temeridad daré este exemplo,  
y mis jóvenes años prostituidos  
a un amor temerario con despecho.

#### TERAMENE

¡Ah Señor!, si el momento ya ha llegado,  
es vano este discurso, porque el Cielo  
no viene a consultar nuestras razones;  
Teseo os disimula, mas con eso  
él os abre los ojos, quando quiere  
que los tengáis cerrados, su odio mesmo,  
una rebelde llama en vos irrita,  
y a su enemiga añade hechizos nuevos;  
demás, Señor, ¿por qué un objeto puro  
debe inspiraros tan horribles miedos?  
¿Por qué no gustaréis de una dulzura,

si es que acaso la tiene? ¿Debe eterno  
combatiros escúpulo tan rudo?  
¿Podéis tener recelos de perderos,  
siguiendo de el grande Hércules las huellas?  
¿Quántos sublimes valerosos pechos  
no ha sujetado Venus? Y vos mismo,  
que ahora la combatís con tanto esfuerzo,  
¿qué sería de vos, si siempre Antiope  
a sus leyes opuesta por deseo,  
no se hubiera inflamado en amor casto?  
Mas, Señor, ¿de qué sirven los soberbios  
afectados discursos? Confesadlo;  
todo se muda, y ya desde algún tiempo  
no se os ve tantas veces orgulloso,  
o hacer que vuele un carro sobre el suelo,  
o practicando sabiamente el arte  
que Neptuno inventó: lograr que al freno  
se haga dócil indómito caballo;  
ya no resuenan tanto nuestros ecos  
en las montañas, y hasta nuestros ojos,  
aunque pretenden esconder su fuego,  
parecen ofuscados y afligidos.  
Señor, no hay que dudarlo, vuestro pecho  
está ardiendo de amor y triste mueres;  
¿porqué pretendes ocultar sus incendios?  
¿Es la joven Aricia, la que os supo  
este fuego inspirar? Hablad sincero,  
vuestra pasión decidme.

HIPÓLITO

Teramene,  
en busca de mi padre parto luego.

TERAMENE

¿Y no queréis, Señor, ver a la Reyna  
antes de la partida?

HIPÓLITO

Éste es mi intento,  
y así bien puedes ir a prevenirlo;  
veámosla en fin, pues escusar no puedo  
una atención a que el deber me obliga;  
¿mas qué desgracia, o qué accidente nuevo  
turba así a Enone, que llorando llega?

*Scena II*

ENONE y dichos.

ENONE

¡Ay Señor!, ¿qué desgracia, qué tormento  
puede igualar al mío? Ya la Reyna  
está cercana a su postrer aliento;  
en vano yo la observo noche y día,  
mas en vano la animo y la consuelo;  
morir quiere infeliz entre mis brazos  
de un mal que disimula su pecho;  
el eterno desorden que la agita,  
su espíritu conturba, y el inquieto  
disgusto que interior la despedaza,  
con violencia la arranca de su lecho,  
donde quiso volver a ver el día,  
pero me ha dado un orden tan severo  
de hacer que nadie quede en este sitio,  
mas ya viene hacia aquí.

HIPÓLITO

Pues yo me ausento  
para dexarla libre, y que no vea  
un semblante para ella tan molesto.

(Vase con TERAMENE.)

*Scena III*

FEDRA y ENONE.

FEDRA

No vamos más allá, querida Enone,  
quedemos aquí; ya no puedo  
dar otro paso más; me siento débil;  
ni puedo ya siquiera sostenerme;  
¡ay, mísera de mí!

ENONE

Dioses eternos,  
que nuestro triste llanto os compadezca.

FEDRA

¡Quánto me cansan todos estos velos,

estos vanos adornos! ¿Qué importan?  
¿Qué necia mano se tomó el empeño  
de venir a formarme tantas trenzas,  
y juntar en mi frente los cabellos?  
Ay, todo me atormenta, me fastidia  
y conspira a mi daño.

ENONE

¡Cómo opuestos  
sus gestos entre sí se contradicen!  
Ahora poco vos misma a componeros  
excitabais, Señora, nuestras manos,  
vos misma con magnánimo esfuerzo

os queráis mostrar a todo el mundo,  
y volver a mirar la luz del Cielo;  
ahora la veis, Señora, ¡y ya cansada  
la misma luz estáis aborreciendo?

FEDRA

Noble y brillante Autor de una infelice

triste familia; tú numen excelso  
de quien mi madre se jactaba hija,  
que quizá te avergüenzas del funesto  
estado en que me ves; Sol luminoso  
por la postrera vez a verte vengo.

ENONE

¿Qué, Señora no habéis de perder nunca  
un deseo tan cruel? ¿Vuestro despecho  
renunciando a la vida debe siempre  
preparar de la muerte los aprestos?

FEDRA

Justos Dioses, ¿porqué no estoy sentada  
a la sombra de un bosque el más ameno?  
¿Cuándo podré seguir de un polvo ilustre,  
seguir con ojos plácidos y atentos,  
a un carro que huye con veloz carrera?

ENONE

¡Qué es esto Santos y piadosos Cielos?

FEDRA

Insensata, ¿qué he dicho? ¿Adónde me hallo?  
¿Dónde van a extraviarse mis deseos  
y mi infeliz razón? Yo la he perdido,



los Dioses me la están obscureciendo;  
Enone, la vergüenza me confunde;  
yo he dexado ver mucho este funesto  
indecente dolor; hasta mis ojos  
de llanto a pesar mío se han cubierto.

ENONE

Si de algo debéis tener vergüenza,  
avergonzaos sólo de un silencio  
que irrita vuestro mal; ¿pues qué, Señora,  
siempre rebelde a nuestros tristes ruegos,  
siempre sorda al clamor de nuestras voces  
queréis ya sin piedad de vuestro aliento  
el triste terminar? ¿Cuál es la furia  
que le quiere cortar estando en medio  
de la feliz carrera? Ya tres veces  
ha cubierto la noche con su velo  
la luz del día, sin que a vuestros ojos  
haya podido introducirse el sueño,  
ya otras tres veces el albor del día  
ha vuelto a traer la luz sin que alimento  
en vuestro cuerpo débil haya entrado;  
¿cuál es pues vuestra idea? ¿A cuál intento  
tan bárbaro y atroz quiere arrojarse  
vuestro amargo dolor? ¿Con qué derecho  
osáis así atentar contra vos misma?  
Vos ofendéis los Números eternos  
que los Autores son de vuestra vida;  
hacéis traición a vuestro esposo tierno,  
y a vuestros tristes e infelices hijos,  
a los que vuestra muerte debe luego  
sugetar bajo un yugo riguroso;  
pensad que el día en que perdieren ellos  
a su infelice madre, le renacen  
todas las esperanzas de este Reino  
al hijo de la bárbara estrangera,  
a ese enemigo que lo ha sido fiero  
de vos misma y de toda vuestra sangre,  
a ese vil hijo que llevó en su seno  
una cruel y bárbara Amazona;  
a ese Hipólito en fin...

FEDRA

¡Dioses eternos!

ENONE

Esta memoria irrita vuestro enfado;  
veo que os enfurece este recuerdo;  
y es con razón, Señora.

FEDRA

¡Desgraciada!  
¿Qué nombre han pronunciado tus alientos?

ENONE

Muy bien, Señora, vuestro enojo es justo,  
y me alegro de ver que vuestro pecho  
de horror se llena al escuchar su nombre;  
vivid pues, que el amor, que el odio mismo  
os haga cuidar más de vuestra vida;  
vivid y no sufráis que el hijo fiero  
de una barbara Scita, a vuestros hijos  
dé sus bárbaras leyes; ni que Imperio  
tenga sobre la sangre más ilustre  
de la Grecia y los Dioses; mas sea presto,  
Señora; no tardéis un solo instante,  
que os va cada minuto consumiéndose;  
reparad vuestras fuerzas abatidas  
ahora que todavía vuestro aliento  
está durando, y puede restaurarse.

FEDRA

Yo he prolongado, Enone, con exceso  
la duración de mi culpable vida.

ENONE

¿Qué terrible voraz remordimiento  
os destroza así el alma? ¿Qué delito  
puede causar en vos tanto despecho?  
En la inocente sangre vuestras manos  
no se han manchado.

FEDRA

No, gracias al Cielo;  
mis manos hasta aquí no han sido reas;  
ojalá, Enone mía, que en el pecho  
viera a mi corazón tan inocente.

ENONE

¿Qué proyecto tan bárbaro y funesto  
habéis imaginado que así turba  
a vuestro corazón?

FEDRA

Ya mi tormento  
te ha dicho lo bastante, no me estreches  
a decir lo demás; mira, yo muero  
por ocultar secreto tan horrible.

ENONE

Morid pues, y ocultad vuestro secreto;  
pero para que cierren vuestros ojos  
otras manos buscad, pues aunque veo  
que os queda apenas una débil vida,  
yo con la muerte encontraré primero  
mil caminos abiertos que a ella guían,  
y sabrán mi dolor y mi despecho  
escoger los más cortos. Inhumana,  
¿os ha engañado nunca mi leal zelo?  
¿No os acordáis de que estos brazos mismos,  
quando visteis la luz, os recibieron?  
Yo he dexado por vos patria, parientes,  
y aun mis hijos también; ¿y éste es el premio  
que a mi fe y a mi amor habéis guardado?  
¡Qué injusta paga de un amor inmenso!

FEDRA

¿Qué fruto has de sacar querida Enone,  
de saber este bárbaro secreto?  
Tú temblarás de horror si yo me explico.

ENONE

¿Y qué podéis decirme, ¡Santos Cielos!  
que no ceda al horror de estar temblando  
de que espiréis aquí a mis ojos mismos?

FEDRA

Quando tú sepas mi feroz delito,  
yo moriré igualmente, mas mi aliento  
morirá más culpado.

ENONE

¡Oh Dios! Señora,  
(De rodillas.)  
por estas infieles lágrimas que vierto,  
por estas mismas débiles rodillas  
que aquí abrazadas tiene mi respeto,  
sacadme de una duda tan funesta.

FEDRA

¿Tú lo quieres? Levántate.

ENONE

Ya atiendo.

FEDRA

¿Qué la podré decir? ¡Cielos Divinos!

¿Por dónde he de empezar?

ENONE

A mi leal zelo

no ofendáis con injustas desconfianzas;

acabad, descubridme vuestro pecho.

FEDRA

¡Oh venganza de Venus ofendida!

¡Oh cólera terrible! ¡Quántos yerros;

costó el amor a mi infelice madre!

ENONE

Olvidadlos, Señora, y que el silencio

sepulte para siempre entre sus sombras

este funesto y trágico recuerdo.

FEDRA

Hermana Ariadna, ¿qué pasión funesta

tuviste hasta la orilla, en que Teseo

te dexó perecer abandonada?

ENONE

¿Qué hacéis, Señora? ¿Qué feroz despecho,

qué rabia atroz contra la sangre vuestra

os está ahora cruel enfureciendo?

FEDRA

¿Qué es lo que quiere Venus de esta sangre

tan infelice toda? ¡Yo perezco,

la postrera y la más desventurada!

ENONE

¿Estáis enamorada?

FEDRA

¡Santo Cielo!

Yo sufro de el amor de todas las furias.

ENONE  
¿Por quién?

FEDRA  
Tú vas a oír el complemento  
de todos los horrores; sí... yo adoro...  
a este nombre fatal palpito y tiemblo...  
Yo adoro...

ENONE  
¿A quién, Señora?

FEDRA  
Tú lo conoces...  
¡Oh Dioses! (¡de nombrarle me estremezco!)  
Al hijo de la bárbara Amazona  
a este Príncipe a quien por largo tiempo  
yo atormenté...

ENONE  
¿A Hipólito, Señora?  
¿A Hipólito? ¡Qué horror! ¡Que estoy oiendo?

FEDRA  
Tú le has nombrado.

ENONE  
¡O Dioses! En las venas  
se me ha helado la sangre; ¡o cruel despecho!  
¡Oh delito feroz! ¡Oh triste Reyna!  
Orilla desgraciada, viage adverso,  
¿por qué ha querido traernos el destino  
a tan terrible y peligroso suelo?

FEDRA  
Mi mal es más antiguo; yo me había  
sugetado a las leyes de Himeneo;  
deseosa con el hijo ya contaba  
poder vivir con días más serenos;  
Atenas me hizo ver a mi enemigo;  
le vi, me avergonzé, me faltó aliento,  
se me turbó el color; y una terrible  
confusa turbación sentí en el pecho;  
mis ojos no veían, ni mis labios

podían respirar, y a un mismo tiempo  
helar y arder el cuerpo me sentía;  
yo conocí por mis ardientes fuegos  
de Venus la venganza (cruel martirio)  
de una sangre infeliz que ve con ceño,  
yo pretendí aplacarla con frecuentes  
devotos sacrificios; la hice un Templo,  
yo misma me encargué de sus adornos  
me dediqué a su culto con esmero;  
y estando a todas horas rodeada  
de Víctimas sagradas, en sus senos  
buscando andaba mi razón perdida  
de un incurable amor vanos remedios  
inútilmente en el Altar suntuoso,  
mi amor arder hacía el puro incienso  
quando invocaban mis porfiados labios  
el nombre de la Diosa, ya en el pecho  
a Hipólito adoraba, y en el mismo  
pie del Altar que consagró mi zelo,  
sacrificaba fiel todos mis votos  
a el Dios que idolatraban mis afectos,  
de que traté de huirle; mas en vano,  
en vano lo intenté; mis ojos mismos  
lo hallaba de su padre en las facciones;  
finalmente, tan fuerte fue mi esfuerzo  
contra mí misma, que para olvidarle  
me hice fuerza, y le estuve persiguiendo,  
y por lograr quitarme la memoria  
el disgusto afecté de una madrastra;  
no descansé pidiendo su destierro,  
y mis eternas quejas arrancarle  
de los paternos brazos consiguieron;  
entonces respiraban, fiel Enone,  
y después de su ausencia iban corriendo  
mis días más tranquilos e inocentes,  
sometida a mi esposo, y en lo interno  
sepultando mis males, cultivaba  
los frutos que me daba su Himeneo;  
pero, ¡oh vanos afanes! A Trecena  
llamado por mi esposo, vi de nuevo  
al enemigo que alejar quería;  
y las tristes heridas de mi pecho  
muy frescas todavía y muy recientes,  
a brotar sangre otra vez volvieron;  
es Venus toda de su presa asida;  
y conozco mi error; sé todo el tedio

que merece mi llama, y la he tomado  
aversión a mi vida, odio a mi fuego;  
muriendo pretendía que quedase  
ignorado mi amor, y que a lo menos  
se olvidara mi gloria de esta mancha;  
tus instancias, tus lágrimas y ruegos  
me han vencido; por fin ya te lo he dicho,  
Enone, todo; y no, no me arrepiento  
con tal de que respetes de mi muerte  
la triste intermediación; y mi ardor ciego  
no aflijas con baldones y que dexes  
de querer con inútiles esfuerzos  
animar otra vez la débil vida,  
que puede ya tener muy poco aliento.

*Scena IV*

PANOPE y dichas.

PANOPE

Yo quisiera ocultaros una horrible  
noticia dolorosa; pero debo  
decíroslo, Señora, porque puede  
aprovecharos; vuestro esposo ha muerto;  
sólo vos ignoráis esta desgracia.

ENONE

¡Panope! (¡Santo Dios!) ¿Qué estás diciendo?

PANOPE

Que a los Cielos la Reyna pide en vano  
la vuelta de Teseo, y que en el puerto  
han entrado navíos, que ahora han dado  
a Hipólito un aviso tan funesto.

FEDRA

¡Justos Dioses!

PANOPE

Atenas se divide  
para escoger su Rey; los que son rectos,  
al Príncipe vuestro hijo dan sus votos;  
los otros, olvidando de este Reyno  
las leyes más sagradas, quieren darlos  
a Hipólito, en quien no hay ningún derecho;

también se dice que un partido injusto  
trabaxa por hacer que obtenga el cetro  
Aricia, y la vil sangre de Palante;  
yo, Señora, creí que mi leal zelo  
debía de todo esto preveniros,  
para que os gobernéis en tanto riesgo;  
ya Hipólito está pronto a la partida,  
y se teme que arrastre a todo el pueblo.

ENONE

Panope, está muy bien, la Reyna te oye,  
y esto podrá servirla de gobierno.

(Vase Panope.)

*Scena V*

FEDRA y ENONE.

ENONE

Señora, yo dexaba de rogaros  
conservaseis la vida, y mis afectos  
pensaban en seguiros a la tumba,  
para apartaros de tan cruel intento  
ya no tenía voz; pero este horrible  
tan imprevisto y trágico suceso,  
otras leyes os da; vuestra fortuna  
es diferente, y ya varió de aspecto.  
El Rey ha fallecido, y es preciso  
que ocupéis su lugar; un niño tierno  
debe ser hoy vuestro único cuydado;  
si él os pierde, es esclavo desde luego;  
si vos vivís es Rey; ¿quién es quien debe  
si vos faltáis cuydar de sus alientos?  
¿Qué mano enjugará su tierno llanto?  
Sus gritos inocentes en el Cielo  
pondrán la voz y allí contra su madre  
irritarán a todos sus abuelos;  
vivid, ya no tenéis baldón alguno  
que haceros a vos misma; vuestro afecto  
es como otro cualquier, vuestro esposo  
ha roto con su muerte ya el estrecho  
que lo hacía culpable, y ya su hijo  
no os debe ser temible, y podéis verlo  
sin haceros por esto delinquente;



tal vez él amotina a todo el pueblo  
porque os juzga enemiga; prontamente  
idlo a desengañar con dulce acento;  
desarmad su valor; Trecena es suya,  
él sin duda Señor es de este Reyno,  
pero sabe también que a vuestro hijo  
señalaron las leyes los soberbios  
muros que hizo Minerva; en fin vosotros  
tenéis una enemiga; id de concierto,  
y combatid a Aricia los dos juntos.

FEDRA

En fin, Enone, sigan tus consejos;  
vivamos, si es posible que a la vida  
me pueda restituir, y si un esfuerzo  
del maternal amor conseguir puede  
que se anime otra vez mi poco aliento.

## ACTO II

### *Scena I*

ARICIA y ISMENE.

ARICIA

¿Tú me dices que Hipólito desea  
verme en este lugar? ¿Y que es su intento  
despedirse de mí? Responde Ismene.

ISMENE

Sí Señora, y éste es primer año  
de la trágica muerte de su padre;

ya os podéis preparar a ver muy presto  
que vuelvan hacia vos los corazones  
que os desviaba la saña de Teseo;  
ya finalmente la Princesa Aricia  
de su suerte es el árbitro, y yo creo  
que a sus pies verá en breve a Grecia toda.

ARICIA

¿Con que el rumor ha sido verdadero,  
en fin, Ismene, ya no soy esclava?

ISMENE

No, Señora, benévolos los Cielos  
a Teseo han unido con los Manes  
de tanto desgraciado hermano vuestro.

ARICIA

¿Mas se dice el motivo de su muerte?

ISMENE

Se han sembrado rumores muy adversos.  
Unos dicen que habiendo a otra querida  
robado nuevamente, en el mar fiero  
aquel esposo infiel se ha sumergido;  
otros publican (y éste es el suceso  
que más crédito logra) que al Cocito  
baxó con Peritoo; que vio el Infierno  
y sus negras orillas; que viviente  
le miraron las sombras del Aberno;  
pero que cuando quiso ya no pudo  
salir de aquellos márgenes funestos,  
ni volver a pasar la triste orilla  
de que nunca se vuelve.

ARICIA

¿Pero puedo  
pensar yo que un mortal penetrar logre  
la habitación profunda de los muertos  
mientras en vida está? ¿Ni qué motivo  
a cotos tan temidos pudo atraerlo?

ISMENE

Teseo ya murió; vos solamente  
queréis dudarle; Atenas está en duelo;  
Trecena ya lo sabe, y reconoce  
a Hipólito por rey; Fedra en secreto  
con tal noticia absorta y consternada  
por su hijo tiembla, y les está pidiendo  
dictamen y socorro a sus amigos.

ARICIA

¿Y tú piensas que Hipólito será tierno,  
más humano conmigo que su padre,  
quiera hacer mis pesares más ligeros?  
¿Que tendrá compasión de mis desgracias?

ISMENE

Sí Señora, de Hipólito lo creo.

ARICIA

¿No conoces a su ánimo insensible?  
¿En qué fundas los frívolos consuelos  
de que me compadezca, y que en mí sola  
respete a un sexo el qual mira con tedio?  
Tú has visto cómo busca los lugares  
donde no nos hallamos, y que ha tiempo  
que huyéndonos está.

ISMENE

Yo sé, Señora,  
todo lo que se dice de su genio  
y fría sequedad; pero he observado  
con estudio a este Hipólito severo  
quando os hablaba, y no me ha parecido  
tan arrogante, tan altivo y fiero,  
como la fama dice; a las primeras  
miradas vuestras observé su aliento  
turbado y confundido, y que sus ojos  
que hicieron al principio un vano esfuerzo  
para evitaros, tiernos y amorosos  
después no hallaban modo de no veros;  
quizá el nombre de amante es el que choca  
a su orgullo tenaz; pero yo creo  
que si no son de amante sus palabras,  
de muy amante son sus ojos tiernos.

ARICIA

Cómo mi corazón, querida Ismene,  
de complacencia y de contento lleno,  
escucha ansiosamente ese discurso;  
aunque quizá no tiene fundamento;  
querida amiga, tú que me conoces,  
¿pudiste imaginar que yo, (que objeto  
he sido siempre de una infausta suerte),  
que un triste corazón siempre deshecho  
en llanto y amargura, al fin debiese  
conocer el amor y sus incendios?  
Yo sola de las furias de la guerra  
he salvado la vida, último resto  
de la sangre infeliz de un Rey ilustre;  
yo he visto perecer en poco tiempo,  
y en la flor de su edad, a seis hermanos

de una casa en que apoyo tan sobervio,  
el fiero destructor los segó a todos,  
la tierra vio inundar su triste seno,  
y a su pesar bebió la ilustre sangre  
de los nobles sobrinos de Ericteo;  
bien sabes que después una severa  
y vigilante ley, a todo Griego  
aspirar a mi mano le prohíbe;  
se temerá sin duda que el incendio  
de la hermana animar pudiera un día  
de sus hermanos el cadáver yerto;  
pero sabes también con qué desdenes  
ha visto mi altivez estos empeños  
de un vencedor injusto y receloso;  
y que el amor mi pecho siempre opuesto,  
el rigor de Teseo agradecía,  
pues sin pensar servir a mis deseos  
entonces, fiel Ismene, no habían visto  
mis ojos a su hijo; no por esto  
pienses que por la vista enamorada  
quedé de la belleza y los talentos  
que todos tanto alaban; dones nobles  
con que el Cielo le adorna, mas que él mismo  
o con desprecio trata, o los ignora;  
no, Ismene, yo amo en él, en él aprecio  
calidades más dignas; las virtudes  
que en su padre se ven son sus defectos;  
yo amo, te lo confieso, ese orgulloso  
corazón que jamás al yugo fiero  
de amor se ha sugetado; en vano Fedra  
se honra con los suspiros de Teseo;  
yo más altiva soy, y así no estimó  
la gloria fácil de obtener un pecho  
que a otras se ofrece, ni de hallar entrada  
en corazón que a muchos está abierto;  
sólo a mi orgullo lisongear podían,  
sugetar un valor nunca sugeto,  
rendir un corazón que era insensible,  
y hacer que sienta el amoroso fuego;  
poner fuertes cadenas a un cautivo,  
que sorprendido de mirarse preso,  
en vano pretendiera revelarse  
contra un yugo que él mismo está queriendo;  
esto es a lo que aspiro; esto pudiera  
irritar la ambición de mis deseos;  
Hércules mismo, Ismene, era más fácil

de desarmar que Hipólito; y su pecho  
unas veces (sojuzgando) menos gloria  
daba al amor con sus suspiros tiernos;  
pero, ¡ay Ismene!, ¡quál es mi imprudencia!  
Demasiado quizá su orgullo fiero  
resistirá al amor, y tú algún día  
me oirás gemir humilde en mis lamentos  
de lo mismo que ahora en él admiro.  
Mas qué, ¿será posible, Santos Cielos,  
que Hipólito me quiera? ¿Por qué dichas  
pueden haber logrado mis afectos  
vencer un corazón?

ISMENE

Señora, él mismo  
os lo dirá, pues viene hacia este puesto.

*Scena II*

HIPÓLITO y dichas.

HIPÓLITO

Antes, Señora, que de aquí me ausente,  
le pareció preciso a mi respeto  
advertiros de todos mis designios;  
ya mi padre murió, bien mis recelos  
adivinaban la razón funesta  
de una ausencia tan larga, y de el silencio  
en que estaba su nombre sepultado,  
porque sólo la muerte sus excelsos  
y sublimes trabajos terminando,  
lo podía ocultar tan largo tiempo;  
en fin crueles los Dioses entregaron  
a la homicida parca, al compañero  
y fiel amigo y sucesor de Alcides;  
por elección a sus virtudes oye  
estos nombres debidos a sus hechos;  
en la mortal tristeza que me aflige  
sólo me anima un plácido consuelo  
y es, Señora, que puedo libertaros  
de una austera Tutela; desde luego  
yo revoco una ley que antes sentía;  
ya soy de vuestra suerte único dueño;  
y en Trecena que ya reconocido  
me tienen por su Rey, pues de mi Abuelo

la herencia debe ser; ya sois, Señora,  
tan libre, y aún más libre que yo mismo.

ARICIA

¡Ay Señor!, moderad tantos favores  
que pueden oprimirme con su exceso;  
esas tan generosas intenciones  
me sugetan con modo más estrecho  
a las leyes austeras, de que ahora  
pretende dispensarme el favor vuestro.

HIPÓLITO

Atenas todavía se divide  
para escoger su Rey; me nombra el pueblo;  
del hijo de la Reyna, y de vos hablo.

ARICIA

¡De mí, Señor!

HIPÓLITO

Bien sé, sin que mi aliento  
me pueda lisongear, que una severa  
y mui estrecha ley, todo derecho  
prohibirme pretende, y que la Grecia  
me baldona un origen estrangero;  
pero, Señora, si mi hermano solo  
me disputara el Reyno, sobre él tengo  
legítimos derechos, que mi brazo  
ayudado de amigos y del pueblo  
salvará del capricho de las leyes;  
otro freno más justo de mi esfuerzo  
detiene la osadía; y yo, Señora,  
con alborozo, con placer os cedo,  
o para hablar mejor os restituyo  
el cetro que otra vez vuestros Abuelos  
recibieron de aquel mortal sublime,  
de aquel Héroe magnánimo y excelso  
que en sus entrañas concibió la tierra  
y entre las manos del valiente Egeo  
lo puso la adopción; después que Atenas  
recibió de mi padre sus aumentos,  
viéndose mejorada y protegida,  
reconoció con gusto el dulce imperio  
de un Rey tan generoso, y al olvido  
entregó a todos los hermanos vuestros.  
Ahora la misma Atenas a sus muros

os llama con fervor y leal zelo,  
ya ha sufrido bastante, demasiado;  
sus surcos infelices y funestos,  
empapados en vuestra ilustre sangre  
han hecho humear aquel mismo terreno  
de que había salido; ya Trecena  
me reconoce por un solo dueño;  
las campañas de Creta ya le ofrecen  
al hijo de la Reyna, así lo quiero,  
y le dan una rica retirada;  
el Ática, Señora, desde luego  
es vuestro patrimonio, y sólo parto  
a ver si conseguir puede mi zelo,  
que se reúnan en vos todos los votos  
que entre los tres están ahora dispersos.

ARICIA

¡Ay Señor!, espantada, confundida  
de todo lo que oigo, casi temo  
que éste no sea un sueño que me engañe;  
¿estoy despierta? ¡O Dios! ¿Segura puedo  
estar, designio tan noble y generoso?  
¡Qué Dios, Señor, qué Dios tan alhagüeño  
os lo pudo inspirar? ¿Quién justamente  
vuestra gloria decanta al Universo?  
¡Cuánto a la fama la verdad excede!  
Que, Señor, ¿vos queréis un grande Imperio  
perder en favor mío? ¿No bastaba  
no aborrecerme? Haber tan largo tiempo  
reservado vuestra alma de la injusta  
violenta enemistad...

HIPÓLITO

¿Yo aborreceros?  
¡Oh, Señor!, por más que os hayan dicho  
de mi fiereza, ¿habéis hecho concepto  
que naciese del vientre de algún monstruo?  
¿Qué costumbres salvages, qué odio fiero  
endurecido y cruel no se acabara  
desde que viera los encantos vuestros?  
He podido yo mismo resistirme  
el hechizo divino y alhagüeño...

ARICIA

¿Qué, Señor?

## HIPÓLITO

El amor me ha transportado,  
ya he dicho mucho; mi impetuoso fuego  
arrastra mi pasión y la despeña;  
pero pues he empezado de el silencio  
la clausura a romper, fuerza es, Señora,  
proseguir y deciros un secreto  
que mi encendido corazón no puede  
en su seno ocultar más largo tiempo.  
Vos veis, Señora, un Príncipe infelice,  
hecho terrible y memorable exemplo  
de un temerario orgullo; yo que siempre  
de las llamas de amor contrario, fiero,  
insultaba feroz a las prisiones  
de sus viles cautivos, que sintiendo  
de los ciegos y débiles mortales  
los míseros naufragios, desde el puerto  
creía ver sus crueles tempestades;  
a las comunes leyes ya sugeto,  
me siento transportar por una llama,  
la cual de mi razón me pone lejos;  
un momento ha rendido mi imprudente,  
mi bárbara osadía, y este pecho  
tan sobervio y feroz, se halló cautivo  
ha cerca de seis meses, que trayendo  
conmigo el dardo cruel que me destroza,  
lidio con vano y vergonzoso esfuerzo  
contra mí y contra vos; si estáis presente  
huyo de vos; y estando ausente os veo;  
vuestra imagen sigue hasta en las breñas  
del bosque inculto, el resplandor del Cielo,  
la noche y quanto miro me presentan  
el mismo encanto de que estoi huyendo;  
en todo está sugeto a vuestras leyes  
el infeliz Hipólito; yo mesmo  
me busco y no me hallo; ya mi arco,  
mis flechas y mi arco me dan tedio;  
ya no me acuerdo más de las lecciones  
que Neptuno me dio; más tristes ecos  
son los sonos que se oyen en el bosque;  
mis caballos ociosos largo tiempo  
hasta el son de mi voz han olvidado;  
quizá, Señora, al oírme tan grosero,  
tan salvage discurso, os da vergüenza  
el poder inspirar tan rudo fuego;  
¡que explicación tan torpe para un alma



que os ofrece su amor! ¡Qué prisionero tan rústico y feroz para la dulce cadena amable que os está pidiendo! Pero pensad, Señora, que la ofrenda no os debe parecer sólo por esto menos grata; mirad que estoi hablando en un idioma para mí extranjero, y no es bien despreciar por su lenguaje una pasión vehemente, que mi pecho jamás sin vos hubiera concebido.

### *Scena III*

TERAMENE y dichos.

TERAMENE

Señor, la Reyna viene, y mi leal zelo procuró adelantarte, por deciros que buscándoos está.

HIPÓLITO

¿Cuál es su intento?

TERAMENE

No sé, mas han venido de su parte a preguntar por vos; a lo que pienso antes de la partida querrá hablaros.

HIPÓLITO

Fedra, ¿qué la diré? ¡Dioses eternos! ¿Qué quiere ella conmigo?

ARICIA

Señor, ahora no la podéis negar este consuelo, y aunque estáis convencidos de la ardiente enemistad que os tiene, algún afecto de compasión debéis a sus dolores.

HIPÓLITO

Mas entre tanto vos os vais muy lexos, y yo habré de ausentarme sin que sepa si ofendo a los encantos que venero, y si un rendido corazón amante que abandonado en vuestras manos dexo.

ARICIA

Partid, Señor, partid; y seguid siempre  
vuestros nobles magnánimos intentos;  
yo acepto todos vuestros altos dones,  
pero sabed, Señor, que el de este Imperio,  
aunque tan grande sea, y tan ilustre,  
no es el que miro con mayor aprecio.

(Vase con ISMENE.)

*Scena IV*

HIPÓLITO y TERAMENE.

HIPÓLITO

¿Teramene, está todo prevenido?  
Mas ya llega la Reyna; vete presto  
y dispón la partida; haz prontamente  
que te dé la señal; anda al momento,  
ordena, mueve y líbrame quanto antes  
de un discurso que debe ser molesto.

(Vase TERAMENE.)

*Scena V*

FEDRA, HIPÓLITO y ENONE.

FEDRA

Enone, ves allí; toda la sangre  
se me retira al pecho, y no me acuerdo  
de lo que iba a decir quando le miro.

ENONE

Dexad, Señora, ya esos pensamientos,  
y acordaos de un hijo en que vos  
tiene esperanza de encontrar consuelo.

FEDRA

Oigo, Señor, que un viage apresurado  
os ausenta de aquí; por eso vengo  
a juntar mi dolor con vuestro llanto,  
y a deciros que está mi pecho inquieto

por la suerte de un hijo; el infelice  
ya ha perdido a su padre; no está lejos  
el día en que verá mi infausta muerte;  
terribles enemigos, desde luego  
a perseguir su infancia han empezado;  
sólo vuestro alto generoso esfuerzo  
puede tomar contra ellos su defensa,  
pero, Señor, un cruel remordimiento  
turba mi corazón y le confunde,  
pues temo que a sus míseros lamentos  
yo misma os he cerrado los oídos,  
yo recelo, Señor, que sea el objeto  
de vuestras justas iras, y que pagar  
las culpas de su madre el hijo tiene.

HIPÓLITO

Señora, yo no tengo alma tan baja.

FEDRA

Quando me aborreciera vuestro ser  
no debiera quejarme, fueran justas  
vuestras iras, Señor, pues tiempo  
os persiguió mi saña, y vuestros ojos  
no veían el fondo de mi pecho;  
os traté como bárbara enemiga;  
ni permití os quedaseis en el suelo  
que era mi habitación, y declaré  
contra vos siempre en público y aun  
quise que un ancho mar nos dividiera;  
aun no contenta, di orden mui estricta  
de que nadie os nombrase en mi presencia;  
ved que nada os encubro; con todo,  
si los castigos deben ajustarse  
a los agravios; si vuestro odio fiero  
sólo merece la que os ve con odio;  
jamás muger en todo el Universo,  
pide vuestra piedad, Señor, más digna,  
ni menos digna fue del odio vuestro.

HIPÓLITO

Yo no ignoro, Señora, que una madre  
que mira por sus hijos con sus zelos,  
perdona rara vez al de otra esposa;  
los sinsabores y desabrimientos  
de un segundo Himeneo son el fruto;  
cualquiera otro sin duda haría lo mesmo,

y quizá me hubiera hecho más ultrajes.

FEDRA

¡Ay señor! ¡Quánto el hado, quánto el cielo  
con quien ahora atestiguo, de esas leyes  
me ha querido exceptuar! ¡Y qué diverso  
es el afán que el pecho me debora!

HIPÓLITO

Pero, Señora, todavía no es tiempo  
de afligiros así; tal vez no es cierta  
la noticia infelís, y puede el Cielo  
su vuelta conceder a nuestro llanto.  
Neptuno le protege con empeño,  
y este su natural Numen sagrado  
no hará que vanos sean nuestros ruegos.

FEDRA

No se ven las orillas infernales,  
Señor, dos veces; y pues ya Teseo  
vio sus oscuros cotos, es inútil  
esperar que ningún Numen excelso  
lo vuelva; que Acheronte siempre avaro  
no abandona su presa; mas su aliento  
no está muerto sin duda, pues respira  
continuamente en vos, y tener creo  
delante de los ojos a mi esposo;  
sí, yo le veo, le hablo, y en anhelo...  
¡Mas Dioses!, yo me pierdo y mi ardor loco  
se quiere declarar a mi despecho.

HIPÓLITO

De vuestro vivo amor, Señora, admiro  
el ardor singular; aunque a Teseo  
lloráis difunto, ya de vuestra vista  
no se aparta jamás, y vuestro pecho  
conserva sus afectos encendidos.

FEDRA

Sí, Príncipe, yo me ardo yo me quemo  
en amor de mi esposo, yo le adoro,  
no tal como le han visto los Infiernos,  
idólatra voluble de hermosuras,  
que con ligero y vacilante afecto,  
hasta de el Dios que al Tártaro preside  
va a deshorrar y prostituir el lecho,

sino constante, fiero y algo rudo,  
arrastrando tras de sí todos los pechos  
como suelen pintar a nuestros Dioses;  
y finalmente tal como yo os veo;  
él tenía vuestro aire, vuestros ojos,  
vuestro modo de hablar y hasta ese tierno  
inocente pudor a su semblante  
daba también un colorido bello,  
quando llegando a Creta de la llama  
de las hijas de Minos fue el objeto;  
¿por qué entonces, Señor, no habéis venido?  
¿Por qué Teseo a tantos Héroeos Griegos  
congregó sin que Hipólito estuviera?  
¿Por qué vos todavía joven tierno  
no pudisteis venir en el navío  
que lo condujo a nuestro triste puerto?  
Por vos sin duda hubiera perecido  
aquel monstruo terrible; sí; aquel fiero,  
aquel bárbaro monstruo; sin embargo  
del laberinto lóbrego e inmenso,  
que era su obscura y triste retirada,  
para girar sin intrincados senos,  
mi hermana hubiera armado vuestra mano  
con el hilo; mas no, porque mi afecto  
se hubiera adelantado; amor, sin duda,  
inspirado me hubiera el pensamiento.  
Yo, Príncipe, yo soi la que oficiosa  
os hubiera enseñado los senderos  
de el laberinto. ¡O Dioses! ¡Quánto susto  
me hubiera a mí costado! ¡Qué recelos,  
el cuidado de la vida tan preciosa!  
Pero un hijo no hubiera de mi pecho  
calmado la inquietud, pues mis afanes  
querrían del peligro compañeros,  
marchar allí con vos yendo delante;  
de modo que, enlazada en común riesgo  
nuestra suerte, se hubiera libertado  
con vos Fedra, o con vos hubiera muerto.

#### HIPÓLITO

¿Qué es lo que escucho, Cielos soberanos!  
Pues qué, ¡olvidas, Señora, que Teseo  
es mi padre, y también vuestro marido?

#### FEDRA

¿Y sobre qué juzgáis que no me acuerdo?

Pues qué, Príncipe, ¿acaso yo he perdido todo el cuidado que a mi gloria debo?

#### HIPÓLITO

Perdonadme, Señora, ya conozco con rubor que acusaba torpe y necio un discurso sencillo; me avergüenza, no puedo sostener más vuestro aspecto, y voy...

#### FEDRA

¡Ah ingrato!, finges que no entiendes, y demasiado entiendes mi tormento; a mi pesar mi corazón tan dócil te ha explicado su ardor, pues por entero conoce a Fedra y todos sus furores; yo te adoro, mas no pienses por eso que apruebo mi pasión, y que yo misma tenga por inocentes mis afectos; tampoco pienses que haya fomentado mi infame complacencia este vil fuego, esta llama voraz que me debora de celestial venganza, triste objeto; yo me aborrezco más, tengo a mí misma aún más horror del que me estoi teniendo; bien lo saben los Dioses, esos Dioses que han encendido en mi infelice pecho este ardor destructor de mi familia; esos Dioses crueles que se han hecho una gloria feroz y sanguinaria de seducir el corazón ligero de una simple mortal; tú mismo puedes acordarte de todos mis esfuerzos; yo no me he contentado con huirte, te he desterrado con rigor violento; pretendí que me vieses perseguirte; parecer a tus ojos monstruo fiero, por poder resistirte con más fuerza; en fin, buscaba tu aborrecimiento; ¿y de qué (justos Dioses) me ha servido tan duro afán? Yo no te amaba menos, y tú me odiabas más; todos tus actos eran para mi vista encanto nuevo; yo he sufrido por fin, me he aniquilado con mi fuego y mi llanto, y desde luego debieran persuadírtelo tus ojos,

si tus ojos pudieran un momento  
en mi vista pararse... ¿mas qué digo?  
¿Esta declaración que ahora te he hecho  
te imaginas que sea voluntaria?  
Errante, llena de ansias y de zelos  
por la suerte de un hijo a quien creía  
este oficio deber; mi único intento  
fue pedirte que no le aborrecieras,  
proyecto débil de un amante pecho  
lleno de lo que adora... ¡Ay de mí triste!,  
yo sola pude hablarte a ti mismo;  
véngate pues, castiga en mí la injuria  
de amor tan detestable y tan perverso,  
hijo digno del Héroe respetable  
a quien debes la vida y el esfuerzo;  
liberta al Universo de este monstruo.  
¡Santos Dioses! ¡La Viuda de Teseo  
osa querer a Hipólito su hijo!  
Un monstruo tan horrible debe presto  
aspirar por tu furia vengadora;  
ve aquí mi corazón, y por el medio  
debe herirle tu brazo que impaciente,  
porque te expíe su delito horrendo,  
se adelanta al encuentro de tu brazo;  
traspásamele pues, y si mi pecho  
no es digno de tus golpes, si a tu oído  
le parece mui digno este tormento;  
o si no quieres empañar tu mano  
en sangre tan inmunda, por lo menos,  
si no tu brazo, préstame tu espada;  
dámela pues, y aquí...

ENONE

¡Qué es esto Cielos!  
¿Qué es lo que hacéis, Señora? Qué delirio...  
Pero ay que gente viene, entraos presto.

(Vase FEDRA y ENONE.)

*Scena VI*

HIPÓLITO y TERAMENE.

TERAMENE

¿Señor, qué es lo que miro? Fedra os huye,

o más presto la arrastran; ¿pues qué es esto?  
¿Porque estáis alterado sin espada,  
perdido de color y sin aliento?

HIPÓLITO

¡Ay Teramene!, huyamos; mi sorpresa  
no puede ser más grande; yo me veo  
con horror a mí mismo amigo, Fedra...  
pero no; que este bárbaro secreto  
que se ahogue para siempre en el olvido.

TERAMENE

Señor, si queréis iros, ya en el puerto  
vuestras naves aguardan; pero Atenas  
se ha declarado al fin; ya recogieron  
los votos de las Tribus sus Caudillos,  
y vuestro hermano ha conseguido el Reyno;  
en su favor los más se declararon,  
y Fedra vence.

HIPÓLITO

Fedra, ¡justos Cielos!

TERAMENE

Un Rey de armas que Atenas representa,  
ha venido a Palacio con intento  
de entregarle las riendas de el estado;  
ya su hijo es Rey, Señor.

HIPÓLITO

¡Dioses eternos!,  
que veis su corazón; ¿son sus virtudes  
las que recompensáis?

TERAMENE

Se anda diciendo  
que Teseo respira, y aun se añade  
que algunos en Epiro ya le vieron;  
mas yo que lo busqué, sé cuán errado...

HIPÓLITO

No importa, Teramene, será cuerdo  
que lo apuremos todo; no se excuse  
alguna diligencia; examinemos  
este rumor; busquémosle el origen;  
partamos prontamente de este suelo,



y en manos que son dignas de gozarle,  
a toda costa el cetro coloquemos.

### ACTO III

#### *Scena I*

FEDRA y ENONE.

FEDRA

¡Que me escusen los fríbolos honores  
que Atenas me remite! ¿En este estado  
quieres que de ninguno dexé verme?  
¿Con qué se viene ahora lisonjeando  
mi consternado pecho? Tú debieras  
ocultarme del mundo; ya mis labios  
demasiado dixeron; mis furores  
se han descubierto ya, y he pronunciado  
lo que nunca debiera haberse oído;  
¡de qué modo lo estaba él escuchando!  
¡Cómo eludir quería mis discursos!  
¡Con artificio el más disimulado,  
de retirarse no vía la hora!  
¡Y cuánto su poder y su embarazo  
redoblaron el mío! Cruel Enone,  
¿por qué impediste mi violento brazo  
¡ay de mí! quando ya su espada iba  
a herirme el corazón? ¿Le has observado  
turbación ni piedad? ¿Hizo siquiera  
para impedir el golpe algún amago?  
Bastaba que una vez mi mano impura  
empuñado la hubiese; mi contacto  
se le hacía execrable, y él creía  
que aquel azero mancharía su mano.

ENONE

¿Así, Señora, procurando siempre  
en sentir vuestro mísero quebranto,  
estáis alimentando el fuego mismo  
que debiera extinguir vuestro cuidado?  
¿No sería mejor, como de Minos  
digna sangre, buscar vuestro reparo  
en afanes más nobles? ¿De la fuga

el remedio escoger contra un ingrato  
reinar, y de un estado que os implora  
admitir el gobierno Soberano?

FEDRA

¿Qué me dices, Enone? ¿Que yo reine?  
¿Que sugete a mis leyes un estado,  
quando ya mi corazón sobre mí misma  
reinar no puede? ¿Quando en mí no hallo  
el Imperio menor de mis sentidos?  
¿Quando apenas respiro en mi quebranto  
oprimida de un yugo vergonzoso?  
¿Quando me muero en fin?

ENONE

Huid, alejaos.

FEDRA

Yo no puedo apartarme de su vista.

ENONE

Vos pudisteis, Señora, desterrado,  
vos podréis huir de él con un esfuerzo.

FEDRA

No, Enone, ya no es tiempo; que el ingrato  
sabe ya mis ardores indecentes;  
yo he pasado los límites sagrados  
del austero pudor; he descubierto  
mi vergüenza a mis ojos, y han mirado  
un rayo de esperanza mis delirios;  
tú misma de mis míseros desmaios  
me volviste a la vida, y reteniendo  
el alma que asomaba ya a mis labios,  
sufriste con consejos lisonjeros  
resolverme a vivir; me has dicho claro  
que le podía amar.

ENONE

¿Y qué no hubiera  
emprendido mi afecto por salvaros,  
con delito, o sin él? Pero, Señora,  
¿podéis olvidar nunca los agravios  
de ese monstruo sobervio y orgulloso?  
¿Con qué ojos fieros, con qué gesto extraño  
os dexaba estar casi arrodillada?,

porque Fedra en aquel momento amargo  
mis ojos no tenía...

FEDRA

Mira, Enone,  
él puede con el tiempo ir desechando  
ese feroz orgullo que te ofende;  
en las montañas rústicas criado,  
todavía conserva su rudeza;  
endurecido desde tiernos años  
quizás hablar de amor ahora ha sentido.  
Sí, hablar de amor ahora habrá escuchado  
por la primera vez, y su silencio  
puede nacer del mismo sobresalto;  
si es así, nuestras quejas son injustas.

ENONE

Pensad que una Amazona le ha formado  
en su bárbaro vientre.

FEDRA

Mas la misma,  
aunque Scita y feroz, se ha sugetado  
a las leyes de amor.

ENONE

Señora, él mira  
a vuestro sexo con horror y enfado.

FEDRA

Mejor, pues que con eso a otra querida  
no veré que la trate con agrado;  
en fin, Enone, dexa tus consejos,  
ya no son de razón esos reparos;  
sirve, no a mi razón, sino a mi llanto  
si Hipólito resiste a mis alhagos  
con corazón feroz e inaccesible;  
para acertar el golpe y atacarlo,  
es menester buscarle aquel parage  
en que sensible sea; los encantos  
de un Imperio parece que le agradan,  
Atenas le atraía; ya sus barcos  
habían vuelto las Proas a aquel rumbo  
y el velamen ondeaba, abandonado  
al gusto de los vientos; corre, Enone,  
corre y ve al ambicioso, habla al ingrato;

hoi brillará a sus ojos la corona;  
que él se ponga el Diadema soberano  
sobre su hermosa frente; yo no aspiro  
ni quiero más honor, cetro ni manto  
que el placer de ceñírselo yo misma,  
cedámosle un poder, que necesario  
será por fin cederle; él a mi hijo  
quizá querrá servir de padre y Ayo  
enseñándole el arte de gobierno;  
yo a un mismo tiempo pongo entre sus manos  
a la madre y al hijo... en fin Enone  
para rendirle, tiente todo quanto  
imaginar pudieres; tus discursos  
más que los míos hallarán agrado;  
llora, ruega y estrecha; di que Fedra  
está para morir; sin embarazo  
sírrete de un estilo suplicante,  
de nada de lo que hagas, por doblarle  
te sabré desmentir; que ya en ti solo  
pongo mis esperanzas; ve volando,  
vuelve con prontitud, que aquí te espero,  
y solamente tu respuesta aguardo  
para reglar mi mísero destino...

(Vase ENONE.)

## *Scena II*

FEDRA sola.

FEDRA

O tú, que ves el vergonzoso estado  
a que desciendo, Venus implacable,  
¿tu pertinaz furor no se ha saciado?  
Tú misma no supieras de qué modo  
llevar más adelante mis escarnios;  
ya tu triunfo es perfecto, y tu venganza  
todos sus crueles golpes ha logrado;  
tirana, si es que quieres una gloria  
de que puedes sacar honor más alto,  
ataca un corazón que te es rebelde;  
Hipólito te huye, y despreciando  
el rigor de tu saña, sus rodillas  
jamás en tus altares ha doblado,  
tu nombre ofende a su altivez grosera;

Diosa, véngate en él; ambos estamos igualmente ofendidos; mas, ¿qué es esto? Enone, ¿ya tú vuelves? ¿Que el ingrato me detesta? ¿Siquiera no consiente en oírme?

### *Scena III*

FEDRA y ENONE.

ENONE

Señora, llegó el caso  
de que vuestra alma olvide la memoria  
de un amor tan terrible como vano,  
y que de su virtud sólo se acuerde;  
el Rey que muerto todos han juzgado,  
te os va a poner delante de los ojos,  
y vendrá a este paraje de aquí a un rato;  
Teseo ahora de llegar acaba,  
el pueblo para verle apresurado  
corre y se precipita; yo salía  
por orden vuestra a Hipólito buscando,  
quando mil gritos que hasta el Cielo suben...

FEDRA

Dioses eternos, ¿qué es lo que he escuchado?  
Mi esposo vive. ¡O Cielo!, esto me basta;  
él vive todavía, y yo he explicado  
el amor indecente que le ultraja,  
este furioso amor... cierra los labios;  
no quiero saber más.

ENONE

¿Pues qué, Señora?

FEDRA

En las venas la sangre se me ha helado;  
bien te lo había predicho; tú obstinada  
no has querido creerme; tu infiel llanto  
a mis remordimientos ha vencido;  
esta misma mañana iba espirando  
digna de ser llorada, ya ahora espiro  
llena de deshonor, digna de escarnio.

ENONE

¿Vos moriréis, Señora?

FEDRA

¡Oh Dios! ¿Qué escucho?

¿Que mi esposo vendrá con su hijo al lado,  
y yo veré al testigo de mi infame,  
de mi adúltero ardor, ardor insano,  
que me estará observando, si es que llevo  
a encontrar a su padre, con descaro?

Él me podrá observar, que llevo a hablarle  
con mi pecho infeliz, lleno y cargado  
de suspiros; que oír él no ha querido  
con los ojos bañados en un llanto,  
que aquel ingrato ha visto con desprecio;

¿puedes Enone, haber imaginado  
que el honor de su padre no le asiste,  
y que quiera ocultarle el incendio  
ardor que me devora? ¿Te persuades  
a que pueda sufrir tan grande agravio  
de su padre y su Rey? No podrá él mismo  
contener el horror y desagrado

con que es preciso que me mire siempre;  
¡mas ay!, que su silencio fuera vano;  
yo sé mi iniquidad, y no soy de esas  
mujeres atrevidas, que gozando

de una tranquila paz de sus delitos  
se ha formado un semblante descarado  
que nunca se avergüenza; conozco  
quáles son mis infamias; las reparo  
en mi triste memoria, y me parece  
que estas mismas paredes tienen labios,  
y esperan a mi esposo por contarle  
la vil perfidia de mis desacatos.

Muramos pues, y que una muerte pronta  
de tanto mal acabe los estragos;  
muramos otra vez, y sobre todo,  
¿el dexar de vivir es tanto daño?

Para los corazones infelices  
no tiene horror la muerte, no me espanto  
más que del triste y detestable nombre,  
o, tras mí he de dexar. ¡Ay Dioses altos!  
¡Qué horrible herencia de mis tristes hijos!

La sangre del Consorte Soberano  
que en sus venas también ésta la tiene  
debe inflamar su espíritu bizarro;  
pero por más orgullo generoso

que les inspire origen tan sagrado  
son siempre los delitos de su madre  
manchas tales que deben humillarlos;  
yo temo que algún día les baldonen  
de una madre culpable el desacato  
y temo que oprimidos con el peso  
de ver mi honor y nombre deshonorados,  
no osen siquiera levantar los ojos.

ENONE

Lo que decís, Señora, esta mui claro,  
con lástima los miro, jamás hubo  
ni más justo temor, ni más fundado;  
¿pero por qué a tan míseras afrentas  
le queréis exponer? ¿Por qué acusaros  
pretendéis a vos misma? Pues Señora,  
si ahora no vais a verle, es necesario  
que se piense que Fedra delinvente  
teme los ojos de su esposo airado;  
Hipólito es feliz, pues que vos misma  
queréis a sus discursos temerarios  
todo crédito dar con vuestra muerte,  
¿qué podrá responder mi triste labio  
a vuestro acusador? Sin pena alguna  
me podrá confundir, y yo llorando  
le escucharé jactar su horrible triunfo,  
y contar vuestros míseros agravios  
a quien los quiera oír. ¡Ah!, que primero  
me destroze la cólera del hado;  
no, no lo sufriré; pero, Señora,  
decidme una verdad, habladme claro,  
no engañéis mi deseo de serviros:

¿aún está vuestro pecho enamorado?  
¿Con qué ojos mira ahora vuestro afecto  
de este Príncipe altivo los encantos?

FEDRA

Como de un monstruo horrible.

ENONE

Pues, Señora,  
¿por qué queréis cederle todo el lauro?  
Vos receláis que Hipólito os acuse,  
pues id vos y avisadle de antemano;  
del delito que vayáis a imputarle,

¿quién podrá desmentiros? Los acasos  
están todos contra él; su espada misma  
que dexó por fortuna en vuestras manos;  
vuestras presentes y pasadas penas;  
su propio padre que ha escuchado tanto  
vuestras amargas quejas; finalmente  
su destierro por vos solicitado.

FEDRA

Que yo oprima y acuse la inocencia,  
no, Enone, es mucha infamia.

ENONE

Mis engaños  
sólo vuestro silencio necesitan;  
también yo como vos estoy temblando,  
siento en mi alma voraz remordimiento,  
y más quisiera con valor osado  
padecer muchas muertes; mas, Señora,  
pues sin este remedio aunque tirano  
es preciso perder, vuestra vida  
tiene para mí mayor precio, tan alto  
que le cedo quanto tenga; dexadme sola,  
yo lo manejaré, que aunque irritado  
quede con mis avisos vuestro esposo,  
imagino que todos sus estados  
pararán sólo en desterrar a su hijo.  
Un padre que castiga va despacio,  
y un suplicio ligero es suficiente  
para templar su zaña; pero aun quando  
se derramara la inocente sangre,  
¿qué no debe quedar atropellado  
por salvar vuestro honor? Este tesoro  
es muy precioso para aventurarlo;  
para salvar vuestra honra combatida  
sacrificarlo todo es necesario,  
y aun la misma virtud. Pero, Señora,  
vuestro esposo hacia aquí se va acercando.

FEDRA

¡Santos Cielos! ¡Que Hipólito le sigue!  
Ya en sus ojos crueles he notado  
que me quiere perder. Querida Enone,  
haz lo que te parezca; yo me encargo,  
me abandono a tu zelo; tan turbada  
se encuentra mi razón que no me hallo con



la fuerza ni el valor de gobernarme.

*Scena IV*

TESEO, HIPÓLITO, TERAMENE y dichas.

TESEO

Ya, Señora, por fin menos tiranos  
se me muestran los dioses este día,  
pues permiten que pueda en vuestros brazos...

FEDRA

Deteneos Teseo; vuestro afecto  
no profane conmigo esos alhagos,  
yo no merezco ya vuestras caricias;  
vos estáis ofendido, hado contrario  
también ha perseguido a vuestra esposa  
y siendo indigna ya de vuestro lado,  
sólo debo pensar en ocultarme.

(Vase con ENONE.)

*Scena V*

TESEO, HIPÓLITO y TERAMENE.

TESEO

Hijo mío, ¿qué modo tan extraño,  
de recibir a vuestro padre es éste?

HIPÓLITO

Sólo Fedra, Señor, estos arcanos  
os puede descubrir; pero sí pueden,  
al oír vos mis ruegos humillados,  
permitid que jamás a verla vuelva;  
...id que para siempre retirado  
el infeliz Hipólito no habite  
este sitio en que Fedra está habitando.

TESEO

¿Vos dexarme, hijo mío?

HIPÓLITO

Mi designio

nunca ha sido buscarla; a este palacio  
vos la hiciste venir; vos disteis orden  
para que se quedase entre tanto  
Fedra y Aricia juntas, y a mi zelo  
de guardarlas hicisteis el encargo;  
vos Señor, habéis vuelto, ¿qué motivo  
me puede detener? Ya demasiado  
mi briosos juventud en las montañas  
ha mostrado su ardor siempre lidiando  
contra enemigos viles, ¿no es ya tiempo  
de dexar un reposo vil y baxo,  
y de que empieze ya a manchar mis armas  
en sangre digna de un valor bizarro,  
de un valor heredado de ti mismo?  
Permitid pues, Señor, que llegue el caso  
de ocupar mi valor; y si algún monstruo  
se ha podido escapar de vuestra mano,  
sufrid que traiga a vuestros pies invictos  
sus sangrientos despojos; o acabando  
mi vida en imitar vuestras empresas,  
haré ver a los siglos más lejanos  
que soi digno, Señor, de ser vuestro hijo.

#### TESEO

¿Cielos, qué es lo que veo? ¿Qué he escuchado?  
¿Qué discordia feroz, qué cruel veneno  
va en mi infeliz familia derramando  
sus espantosos y tremendos males?  
Quando por fin buscando mi descanso  
todos huir procuraran de mis ojos,  
todos quieren negarse a mis abrazos,  
y yo mismo sintiendo los terrores  
que inspiro a los demás, estoi deseando  
volver a verme en mi prisión pasada;  
pero hijo, dilo tú, dímelo claro:  
¿quién es quien me ha ofendido? ¿Qué insolente  
se me pudo atrever? ¿Por qué vengado  
no estoi de sus ultrajes? ¿Que la Grecia  
a quien tanto sirvió mi fuerte brazo  
ha dado al delincente algún asilo?  
¿Pero qué es esto? ¿Tú no abres los labios?  
¿Qué es lo que veo, Soberano Cielo?  
¿Pues que mi hijo también, mi hijo amado,  
conspira contra mí? Vamos a dentro  
que no puedo vivir en afán tanto,  
que el corazón me parte; averigüemos

quáles son los delitos y el malvado  
y hagamos que por fin Fedra me explique  
las causas del terror en que la hallo

(Vase TESEO.)

*Scena VI*

HIPÓLITO y TERAMENE.

HIPÓLITO

¿Teramene, qué es esto? ¿Qué pretende  
Fedra con un discurso que ha llenado  
mi corazón de horror? ¿Para qué entregada  
siempre a su ceguedad, su ánimo incauto  
se quiere así perder? ¡Cielos Divinos!  
¿Qué es lo que dirá el Rey? ¿Qué negros hados?  
¿Qué veneno feroz el amor fiero  
en su infelice casa ha derramado?  
Hasta yo mismo pertinaz me enciendo  
en un ardor que su odio está improbando.  
¡Cómo me vio otra vez! ¡Y cómo me halla!  
No sé qué tristes lúgubres desmayos  
siente mi corazón, mas la inocencia  
no tiene que temer; amigo, vamos,  
busquemos algún medio que conmueva  
de un padre los afectos; declarando  
un fuego que si quiere turbar puede,  
pero que nunca dexará apagado.

ACTO IV

*Scena I*

TESEO y ENONE.

TESEO

Cielos, ¿qué es lo que escucho? ¿Un temerario,  
un vil traidor, ultrage tan extremo  
al honor de su padre preparaba?  
¡Cómo me afliges, o destino fiero!  
Yo no sé dónde estoi, ni sé tampoco

dónde mis pasos van. ¡O afectos tiernos!  
¡O bondades mui mal recompensadas!  
¡Proyecto atroz! ¡Horrible pensamiento!  
¡Idea detestable! ¡El insolente  
por conseguir sus bárbaros deseos  
imploraba el recurso de la fuerza!  
Yo he visto por mis ojos ese azero  
que el instrumento ha sido de su rabia,  
ese azero infeliz que en otro tiempo  
mi mano le entregó para otros usos;  
ni aun de la sangre el lazo más estrecho  
le pudo detener, ¿y Fedra hacía  
vivir a este traidor con su secreto?  
¿Quería su indulgencia sin venganza  
dexar tanta maldad?

ENONE

Este silencio  
era en Fedra, Señor, únicamente  
por no causar dolor a un padre tierno,  
vergonzosa del bárbaro designio  
de un amante juicioso, y del perverso  
amor en que por ella se ha inflamado;  
Fedra moría, y con valor resuelto  
iba a extinguir de sus amantes ojos  
la luz siempre inocente; yo le veo  
el brazo levantar, corro ligera  
a impedir aquel golpe y le detengo;  
yo soy quien hasta aquí la ha conservado  
a las caricias del afecto vuestro;  
y lastimada a un tiempo de sus penas  
y vuestras inquietudes, mi leal zelo  
ha servido de intérprete a su llanto.

TESEO

El infame, no pudo su vil pecho  
dexar de conturbarse en mi presencia,  
yo le observé quando llegó a mi encuentro,  
temblando de temor y las tibiezas  
de sus fríos abrazos, de mi afecto,  
el corazón, ternura... pero dime,  
¿en Atenas había descubierto  
ese culpable amor que lo devora?

ENONE

Acordaos, Señor, de los lamentos

con que la Reyna se quexaba; su odio  
de este amor delinquente era el efecto.

TESEO

¿Luego volvió a encenderse aquí en Trecena?

ENONE

Ya os dicho, Señor, todo el suceso;  
la Reyna quedó sola y entregada  
a la angustia mortal de sus tormentos,  
permitidme que vaya a acompañarla.

*Scena II*

TESEO y HIPÓLITO.

TESEO

¡Ah!, vele aquí el traidor, ¡Dioses eternos!  
¿Quién viendo aire tan noble no se dexa  
engañar como yo? ¡Divinos Cielos!  
¿Es posible que pueda en el semblante  
de un adúltero vil que arde en incesto  
brillar de la virtud el soberano  
y sagrado carácter? ¿Pues que el pecho  
de los falsos mortales no debiera  
reconocerse con indicio cierto?

HIPÓLITO

¿Mi respeto filial podrá atreverse  
a preguntaros qué funesto ceño  
turba, Señor, vuestro semblante augusto?  
¿Os dignáis confiar este secreto  
a mi rendida fe?

TESEO

¡Pérfido! ¡Indigno!  
¿Y tú tienes valor y atrevimiento  
de parecer delante de mis ojos?  
Monstruo feroz, a quien ha mucho tiempo  
que los rayos perdonan; resto infame  
de los viles malvados, que mi esfuerzo  
destruyó por vengar a todo el mundo;  
después que los ardores de tu fuego  
llenos de impuro horror han insultado  
de tu padre infeliz el nupcial lecho,

¿aún tienes la osadía de venirme  
a presentarme un rostro tan perverso?  
¿Tú a parecer te atreves en lugares  
testigos de tus bárbaros excesos,  
y no vas a buscar en otras tierras  
Climas desconocidos, donde el eco  
de mi nombre jamás haya llegado?  
Huye de aquí, traidor, vete corriendo  
y no irrites mi enojo, ni provoques  
una furia que apenas la contengo;  
a mí me basta el infeliz oprobio  
de haber dado la vida a un monstruo fiero,  
sin que también tu muerte a Esparta venga  
hoi la ilustre memoria de mis hechos;  
huye pues de aquí, infame, si no quieres  
que yo junte con los monstruos fieros  
que castigó mi mano; ten cuidado  
de que jamás el Sol vea que has puesto  
la temeraria planta en este sitio;  
huye te digo, y arrastrando luego  
tus pasos donde nunca vuelva a verte,  
libra mis Reynos de tu noble aspecto;  
y tú, Neptuno, tú, Numen sagrado,  
que eres mi tutelar; si en otro tiempo  
mi valor ha limpiado tus orillas  
de infames asesinos, haz recuerdo  
de que por premio tú me prometiste  
el premio concederme de mis ruegos;  
en mi larga prisión no he reclamado  
tu poder inmortal; pues mis deseos  
avaros del socorro prometido  
de tu palabra en el sagrado empeño,  
a costa de el dolor se reservaban  
para implorarte en casos más estrechos;  
hoi te imploro, Neptuno, venga airado  
a un infelice padre; yo te entrego  
ese traidor a toda tu violencia;  
sí; a tu violencia, a tu rigor severo.

#### HIPÓLITO

¿Qué es lo que escucho, Dioses? ¿Fedra acusa  
a Hipólito de ardores y deseos?  
Este exceso de horror confunde a mi alma;  
tantos golpes, tan bárbaros y fieros  
a un tiempo me comprimen y me quitan  
la razón, las palabras y el aliento.

## TESEO

Traidor, tú imaginaste que sin duda  
Fedra sepultaría en el silencio  
el brutal desacato de tu arrojo;  
pero debías, quando fuiste huyendo,  
no abandonar tan torpe y ciegamente  
en las manos de Fedra el vil azero;  
a antes era mejor que completando  
las bárbaras perfidias de tu pecho  
la quitases la vida y las palabras.

## HIPÓLITO

Irritado, Señor, de que os han hecho  
creer mentira tan vil, ahora debiera  
deciros la verdad; pero reservo  
un secreto que debe disgustaros;  
aprobad la templanza y el respeto  
que me quitan la voz, y sin que quiera  
vuestro afán aumentarse los tormentos,  
examinad mi vida solamente  
y pensad en quien soi; algún exceso  
precede siempre a los delitos grandes;  
aquel que empieza de lo justo y recto,  
él confía a pasar, luego se excede,  
y viola injusto todos los derechos;  
los delitos a igual de las virtudes  
tienen su progresión; no tiene exemplo  
que la inocencia pase de repente  
al extremo desorden; ni mui presto  
de un hombre que es virtuoso se hace  
un impío, un incestuoso o asesino fiero  
formado yo en el seno de una casta;  
heroína respetable, con mis hechos;  
jamás he desmentido mi alto origen;  
después quiso dignarse el gran Piteo  
tenido entre los hombres por mui sabio  
de educar mi niñez, desde el momento  
que salí de los brazos de mi madre;  
yo, Señor, alabarme no pretendo,  
mas si alguna, virtud en mí reside,  
he hecho ver sobre todo un odio terco  
a ese mismo delito que me imputan;  
sólo por él, Hipólito, se ha hecho  
conocer en la Grecia, y su desvío  
pasaba de virtuoso a ser grosero.

Todos saben, Señor, de mis disgustos  
el rigor inflexible; el mismo Cielo  
no es más puro que mi alma y sin embargo  
quieres que yo inflamado en tan vil fuego...

TESEO

Sí, cobarde, y es ese mismo orgullo  
el que más te condena; ahora comprendo  
el odioso principio que ha tenido  
su pertinaz y rústico despego;  
Fedra sola encantaba tus osados,  
tus impúdicos ojos; y tu pecho  
insensible al alhago y la hermosura  
de otro objeto, miraba con desprecio  
de una llama inocente los ardores.

HIPÓLITO

No, mi padre; este pecho (ya no es tiempo  
de ocultartelo más) no ha desdeñado  
de un casto amor el encendido fuego;  
os confieso mi culpa verdadera:  
Señor, yo amo, es cierto, Aricia sola  
ha sugetado a su divino Imperio  
mi corazón; la hija de Palante  
ha vencido a vuestro hijo; yo la quiero,  
y mi alma a vuestras órdenes rebelde  
no puede suspirar por otro objeto.

TESEO

¿Será verdad que tú quieres a Aricia?  
Pero no, el artificio es mui grosero;  
y te finges ahora delincente  
por esconder delito más horrendo.

HIPÓLITO

Ha seis meses, Señor, que aunque la evito,  
a mi pesar la adoro; y mi respuesta  
ahora venía temblando a confesarte  
mi temerario amor; ¿pero qué es esto?  
¿Queréis que os haga horrible juramento?  
Que la tierra y el Cielo me confunda,  
que la naturaleza...

TESEO

A los perversos  
cuesta siempre mui poco el ser perjuro;



cierra, indigno, los labios indiscretos  
si tu falsa virtud artificiosa  
hallar no puede más seguros medios.

HIPÓLITO

¡Ay Señor! ¡Mi virtud falsa os parece  
y llena de artificio! Pero pienso  
que Fedra en su interior me hará justicia.

TESEO

Tu osadía insolente ahora de nuevo  
irrita mi rencor.

HIPÓLITO

Señor, ¿qué tierra,  
qué tiempo prescribía a mi destierro?

TESEO

Si más allá te vieran mis furores  
de las columnas de Hércules, aún creo  
que estaría muy cerca de un indigno.

HIPÓLITO

Cargado con delito tan horrendo  
como el que me atribuí, ¿qué amigos pueden  
si vos me abandonáis, verme sin tedio?

TESEO

Vete a buscar en otra parte amigos  
cuyo espíritu aplauda el adulterio,  
otros traidores pérfidos e ingratos,  
sin honor y sin fe, que compañeros  
merezcan ser de un impío como tú eres.

HIPÓLITO

De adulterio, perfidias, y de incesto  
me estáis hablando siempre... nada  
pero Fedra, Señor, nació de un seno  
de un seno, de una sangre que está llena  
más que la mía de esos desafueros.

TESEO

¡Que insolente! ¿Tu rabia despechada  
pierde ya toda suerte de respeto?  
Por la postrera vez yo te lo mando;  
quítate de mis ojos, vete luego;

vete de aquí, traidor, huye de mi enojo,  
no esperes a que un padre de ira lleno  
te haga arrancar por fuerza de su vista.

(Vase HIPÓLITO.)

*Scena III*

TESEO solo.

TESEO

¡Miserable! A la muerte vas corriendo.  
Neptuno, por el río que es temible,  
aun a los Dioses me hizo juramento  
de executar sin falta su promesa;  
un Numen vengador te va siguiendo;  
y no puedes huirle; yo te amaba  
y ya por ti se me estremece el pecho;  
mas tú me has precisado a condenarte;  
no ha habido padre en todo el Universo  
tan cruelmente ultrajado; Santos Dioses,  
que miráis mi dolor, y mis tormentos,  
¿cómo di yo la vida a tan mal hijo?

*Scena IV*

FEDRA y TESEO.

FEDRA

Señor, de temor llena a hablaros vengo;  
vuestra terrible voz a mí ha llegado  
y recelo que siga un pronto efecto  
a vuestras amenazas; si aún no es tarde,  
respetad vuestra sangre; yo os lo ruego  
con lástima mirad vuestra familia;  
libradme del horror de estarla oyendo  
dar siempre contra mí tristes clamores;  
no me prepare vuestro enojo fiero  
el dolor de causar que cruel derrame  
su propia sangre el ímpetu paterno.

TESEO

No Señora; hasta aquí no se ha teñido  
mi mano con mi sangre; no por esto

se ha escapado el traidor de mi venganza  
otra mano divina sabrá hacerlo  
con más seguros golpes; ya Neptuno  
que me hizo el más solemne ofrecimiento  
va a ejecutarle, y quedaréis vengada.

FEDRA

¡Neptuno a ejecutarle! ¡Justo Cielo!  
¿Por qué vuestro furor...?

TESEO

Y qué, Señora,  
¡su castigo pudiera entristeceros!  
Vos debierais juntaros con mis iras,  
pintarme sus delitos, sus excesos  
con todo el colorido de su infamia,  
y encender de mi enojo lo violento;  
vos aún no conocéis de sus maldades  
toda la iniquidad, y sus despechos  
contra voz se derraman en injurias;  
dice que vuestros labios están llenos  
de imposturas atroces; que sostiene  
que su amor y su fe se sometieron  
a las gracias de Aricia, y que la adversa...

FEDRA

Qué, Señor...

TESEO

Es lo que ha dicho ha poco tiempo,  
pero yo he conocido su artificio;  
vámonos pues, Señora, y esperemos  
que el gran Neptuno nos hará justicia;  
yo dirijo mis pasos a su Templo  
para pedirle al pie de sus altares  
que cumpla su inviolable juramento.

(Va.)

*Scena V*

FEDRA sola.

FEDRA

¡Cielos Divinos! ¿Qué es lo que he escuchado?

¿Qué noticia cruel, qué activo fuego  
mal extinguido se despierta en mi alma?  
¡Qué rayo atroz! ¡Qué aviso tan funesto!  
Yo volaba al socorro de su hijo,  
y arrancándome rápida del seno  
de la espantada Enone, ya cedía  
al tirano y voraz remordimiento  
que me comprime el ánimo. ¿Y quién sabe  
a dónde iba a parar mi dolor fiero?  
Quizá yo misma hubiera consentido  
en declarar mi engaño, y si el aliento  
no me faltara allí, tal vez se hubiera  
salido de mis labios el secreto.  
¡Santos Dioses! ¿Hipólito es amante?  
¿Él tiene un corazón sencillo y tierno,  
y a mí me tiene horror? ¿Aricia sola  
tiene su corazón, logra su afecto?  
¡Ay mísera de mí! Quando el ingrato  
inexorable a mis rendidos fuegos  
armaba contra mí sus fieros ojos,  
y ponía en su rostro siempre insensible,  
así se armaba contra todo el sexo,  
¡pues cuál era mi error! ¡Otra ha sabido  
sugetar su altivez, otra está viendo  
en sus ojos crueles más ternezas!  
Tal vez él tiene un corazón ligero  
fácil de enamorarse, y soi sólo  
objeto que a su amor le causa tedio;  
y yo me encargaría del cuydado  
de prostituir mi honor por defenderlo.

#### *Scena VI*

FEDRA y ENONE.

FEDRA

¿Sabes, Enone mía, lo que acaba  
de escuchar mi dolor?

ENONE

No; mas yo vengo  
temblando del designio que os hacía  
buscar al Rey, porque quedé temiendo  
algún favor que os fuese muy dañoso.

FEDRA

Enone mía, ¿quién pudiera creerlo?  
Hipólito es amante.

ENONE

¿Es amante?

FEDRA

Amante que idolatra y ya no puedo  
tener la menor duda; ese salvaje  
enemigo feroz, ese severo  
áspero corazón que yo creía  
incapaz de domar, ese sobervio  
que nunca osé mirar sino temblando,  
ya sometido, dócil y sugeto  
halló quien le rindiera; en fin, Aricia  
ha encontrado el camino de su pecho.

ENONE

¡Aricia! ¿Qué decís?

FEDRA

Dolor amargo  
que aún no había probado. ¿A qué tormento  
nuevo y horrible estaba reservada?  
Quanto he sufrido hasta ahora... mis despechos,  
mis temores, la viva voraz llama  
de mis furiosos incendiarios fuegos;  
la injuria de sus bárbaros desdenes,  
y el horror de mi cruel remordimiento,  
aún no es sombra ligera, aún no es amago  
a el horrible tormento que padezco.

¡Ellos se quieren! ¿Cómo? ¿Y han podido  
alucinar mis ojos y mis zelos?  
¿Cómo han podido verse? ¿Desde cuándo?  
¿En qué lugar? ¡O Dioses! Dilo presto,  
tú lo sabes, cruel; ¿pues por qué causa  
no me has dicho ese bárbaro secreto?  
¿Por qué no me has instruido de su ardiente  
disimulado amor? Dime: ¿los vieron  
hablarse muchas veces? ¡Santos Dioses!  
Ellos podían verse sin recelos;  
los Cielos aprobaban la inocencia  
de sus suspiros blandos y alhagüeños;  
ellos seguían sin zozobra alguna

la dulce inclinación de sus afectos  
y para ver su amor amanecían  
todos los días claros y serenos;  
pero yo triste objeto, infeliz blanco  
de la naturaleza andaba huyendo  
de el Cielo, de la luz y aun de mí misma;  
la muerte era el Dios solo que mi alma  
se atrevía a implorar, y cada instante  
de mi vida fatal era un despecho  
de hiel y llanto sólo alimentada,  
y de testigos llena, en mi desvelo  
no tenía siquiera el triste alivio  
de llorar a mi gusto, ni mi pecho  
gozaba este placer sino temblando  
y obligada a ocultar mis males fieros  
con sereno semblante, era preciso  
privarme de mi llanto mucho tiempo.

ENONE

Mas, Señora, ¿qué fruto sacar puedes  
de sus vanos inútiles afectos?  
Ellos no volverán a verse nunca.

FEDRA

Pero se amarán siempre. ¡Ay qué tormento!  
En este instante mismo en que te hablo  
quizá se están burlando del despecho  
de una insensata y desgraciada amante  
y a pesar de su padre y del destino  
que los va a separar, de amarse siempre  
renovándose están los juramentos;  
no, me falta el valor; de sus amores  
ni siquiera la idea sufrir puedo;  
ten compasión, Enone, de mi vida  
fuerza es perder a Aricia, llegó el tiempo  
de despertar las iras de mi esposo  
contra una odiosa sangre, y ahora quiero  
excitarle a castigos más crueles,  
los más feroces y los más violentos;  
este furor, delito de la hermana,  
es mayor que el de todos sus abusos  
y para que mis zelos se despique  
he de valerme de él... ¿Pero qué es esto?  
¿Dónde va mi razón? Que, yo...  
y aun el mismo Teseo a quien preparo  
hacer ministro de mi cruel venganza

mi esposo vive? ¡Yo rabio de zelos!  
¿Y por quién rabio? ¿Cuál es la persona  
que solicita mis delirios griegos?  
Cada palabra de éstas me estremece,  
y hace que se me ericen los cabellos;  
yo he completado toda la medida  
de mis delitos bárbaros y horrendos  
ya consume mi honor y ya respira  
a un tiempo la impostura y el incesto;  
mis homicidas manos ya despiertas  
están para vengarse, y sus deseos  
son de mancharse en la inocente sangre.  
¡Miserable! ¿Y aún duran mis alientos?  
¿Y puedo sostener la vista airada  
de este sagrado Sol de quien desciendo?  
Yo cuento por abuelo al alto padre  
y Señor de los Dioses; todo el Cielo  
y el mundo lleno está de mis mayores.  
¿Dónde me esconderé? ¿Dónde huir puedo  
para que no me vean? Ea huyamos  
a la noche infernal. ¿Pero qué pienso?  
Mi padre tiene allá la fatal urna,  
él preside en la estancia de los muertos;  
a su severa e inflexible mano  
el hado la confió, y en el Aberno  
a las pálidas sombras, menos juzga;  
quál será su dolor, cuál su tormento,  
quando la suya absorta y espantada  
vea a su hija por fuerza, descubriendo  
tan diversos delitos, y delitos  
quizá ignorados en el mismo Infierno;  
¿qué dirás padre mío, quando mires  
tan funesto espectáculo? Ya veo  
caer la urna terrible de tus manos;  
ya te veo buscando atroz y nuevo  
espantoso suplicio, y que te haces  
de tu sangre infeliz verdugo fiero;  
perdona; un Dios cruel, un Dios terrible  
tu familia ha perdido por entero;  
conoce su venganza en los furioses  
de tu hija miserable. ¡Santo Cielo!  
Jamás mi triste amor recogió el fruto  
de los delitos bárbaros y horrendos,  
cuyo error me persigue, y acosada  
de tanto mal, ya mi postrer aliento  
de una vida la más desventurada,

ahora voy a entregar a los tormentos.

ENONE

Ay Señora, dexad esas ideas  
tan terribles y ved con otro aspecto  
un error ordinario y excusable:  
vos amáis, pero amáis con grande exceso,  
es preciso ceder a su destino;  
por superior encanto vuestro pecho  
se vio forzado a amar; ¿son por ventura  
tan nuevos, e inauditos los exemplos?  
¿Pues que el amor no cuenta entre sus triunfos  
mas que sólo el de Fedra? Este defecto  
es natural en todos los humanos,  
vos sois mortal, y os cupo estar sufriendo  
la suerte de los otros; todos aman,  
no sólo los mortales, los excelsos  
Dioses habitadores del Olimpo,  
que el delito amedrentan con tan fiero  
espantoso rumor, algunas veces  
se han abrazado con impuro fuego.

FEDRA

¿Qué es lo que escucho, Dioses? ¿Qué discursos  
son los que tú pronuncias? ¿Qué consejos  
son estos que me das? ¿Con que tú quieres  
emponzoñarme hasta el postrer aliento?  
¡Miserable! Ve aquí como has venido  
a seducir por fin mi flaco pecho;  
tú me hiciste volver a ver el día  
de que ya mi razón estaba huyendo;  
me obligaste con ruegos importunos  
a olvidar mi virtud; todo mi intento  
era no ver a Hipólito; tú sola  
me has obligado a que volviera a verlo;  
¡desdichada muger! ¿Qué es lo que hiciste?  
¿De qué se fue a encargar tu infame zelo?  
¿Por qué tu boca impía y mentirosa,  
acusándole bárbara, ha cubierto  
con tan negro borrón su bella vida?  
Él morirá quizá, y el impío ruego  
de un insensato padre será oído;  
no te quiero ver más; vete, perversa  
y odioso monstruo; vete, y a mí sola  
dexa el afán de mi destino adverso;  
quieran los justos Dioses dignamente



corresponder tus pérfidos consejos,  
y espante tu suplicio a los infames  
que como tú, con modos lisongeros  
excitan y fomentan las flaquezas  
de los Reyes incautos, que perversos  
le conducen al triste precipicio  
a que se inclina con fatal despecho  
su débil corazón, y les allana  
el camino de todos los excesos  
aduladores viles y execrables,  
presente el más funesto que los Cielos  
pueden dar en su cólera a los Reyes  
para extraviarlos del camino recto.

## ACTO V

### *Scena I*

HIPÓLITO, ARICIA y ISMENE.

ARICIA

Qué, Señor, ¿vos calláis a un tan urgente,  
tan estrecho peligro? ¿A un padre tierno  
queréis dexar en tan funesto engaño?  
¡Ah cruel! Si a pesar de mis tormentos  
tenéis valor de consentir sin pena  
el no volver a verme, partid luego,  
partid y separaos para siempre  
de Aricia y de su amor; pero a lo menos  
partid asegurando vuestra vida,  
defended vuestro honor de tan funesto  
vergonzoso baldón; ya vuestro padre  
forzado revocó sus crueles ruegos;  
todavía no es tarde, ¿por qué causa  
queréis dexar con ánimo resuelto  
el campo libre a vuestra acusadora?  
Oíd, Señor, y decídselo a Teseo.

HIPÓLITO

¡Ay Señora! ¿Qué no le tengo dicho?  
¿Podía por ventura mi respeto  
al público sacar, y hacer presente  
todo el infame oprobio de su lecho?

¿Fuera justo decirle su venganza,  
y que mi lengua fuera el instrumento  
de hacer que de un rubor baxo, e indigno  
se llegara a cubrir su rostro regio?  
Ninguna sino vos ha penetrado  
de estos horrores el fatal misterio;  
ni para desahogarse mi alma tiene  
más que a vos y a los Dioses; mis afectos  
no os pudieran callar lo que quería  
ocultarme a mí mismo, ved si os quiero,  
pero pensad, Señora, en el sigilo  
con os he revelado este secreto;  
si es posible, olvidad lo que os he dicho,  
jamás se ocupe vuestro puro aliento  
en contar esta trágica aventura;  
esperemos los dos en los eternos  
equitativos Dioses; ellos tienen  
interés en mostrar que no soi reo;  
y la infelice Fedra, castigada  
tarde o temprano ya de sus excesos  
huir no puede la ignominia justa;  
esto es lo que de vos sólo deseo,  
en lo demás mi colera encendida  
todo se lo permite, dexad luego  
la cruel esclavitud con que os afligen  
acompañadme pues, venid huyendo,  
y procurad quanto antes alejaros  
de este Palacio bárbaro y funesto,  
en que aire impuro la virtud respira;  
aprovechaos, Señora, de este tiempo  
porque pueda ocultarse vuestra fuga  
entre la confusión en que ahora ha puesto  
mi desgracia a la Corte y a los grandes;  
facilitar os puede ahora los medios  
de asegurar con prontitud la fuga,  
pues que mis guardias son también los vuestros.  
Ya nos llaman valientes defensores;  
Argos los brazos nos está tendiendo,  
también la brava Esparta nos convida;  
vamos, Señora, pues; vámonos luego,  
nuestros amigos oigan nuestras quejas  
ni suframos que de este cruel momento  
se pueda aprovechar la injusta Fedra  
y nos arroje del Dosel paterno,  
y dé nuestros despojos a su hijo;  
la ocasión es muy buena; éste es el tiempo

de poderlo lograr, ni ahora hai peligro  
que os pueda dar temor... ¿Pero qué veo?  
¿Vos estáis temblando? Por vos sola,  
y por vuestro interés así me enciendo.

#### ARICIA

Ay Señor, que tan plácido destierro  
me fuera apetecible; ¡con qué gusto  
me vería con vos en un desierto  
de todos los mortales olvidada!  
Pero no habiendo aún el Himeneo  
consagrado el amor, ¿podré resuelta  
sin ofender mi honor iros siguiendo?  
Bien sé Señor, que sin romper las leyes  
de la austera virtud librarme puedo  
de la mano cruel de vuestro padre,  
un enemigo feroz en todo tiempo;  
que esto es arrancarme vergonzosa  
del paternal y respetable seno;  
y es permitido huir de sus tiranos,  
mas, Señor vos me amáis, y los recelos  
de mi decoro y gloria...

#### HIPÓLITO

No, Princesa;  
de vuestra gloria yo cuydado tengo,  
y os he venido a ver con una idea  
que es más digna de vos y de mis fuegos;  
partid Señora, huid de estos lugares,  
y seguid a un esposo amante y tierno;  
cúrense nuestras míseras desgracias,  
pues así lo ha ordenado el alto Cielo;  
ya de nadie dependen nuestros votos,  
no siempre se ilumina el Himeneo  
con brillantes antorchas; en las puertas  
de la misma Trecena, y no muy lejos  
de esas tumbas antiguas sepulturas  
de mis progenitores, se ve un Templo  
terrible y formidable a los perjuros;  
de su sagrado y respetuoso centro  
no tienen osadía los mortales  
de profanar los santos juramentos;  
el pérfido recibe un riguroso  
inmediato castigo; y con el miedo  
de encontrar una muerte inevitable,  
la mentira no tiene mayor freno;

en este Templo, pues, de un amor santo,  
con religioso voto juraremos  
el vínculo inmortal; los mismos Dioses,  
que se adoran en él, del lazo eterno  
serán fieles testigos y nosotros  
con su mismo fervor les rogaremos,  
que nos quieran allí servir de padres;  
yo imploraré su auxilio con respeto,  
invocaré de todas las Deidades  
los nombres más sagrados, más excelsos;  
la casta Diana, la divina Juno,  
y estos Dioses, en fin, que de mi afecto  
habrán sido testigos, los fiadores  
serán también de mis ofrecimientos.

ARICIA

Ay Señor, el Rey viene, idos volando  
y partid prontamente; yo un momento  
me quedo aquí por ocultar mi fuga;  
partid pues, y dexadme algún sugeto  
que mis tímidos pasos encamine.

(Vase HIPÓLITO.)

*Scena II*

TESEO, ARICIA y ISMENE.

TESEO

Eternos Santos Dioses, que estoy viendo  
la obscura turbación en que vacilo,  
mostradme la verdad que busco inquieto.

ARICIA

Ve a disponerlo todo, fiel Ismene,  
y dispón nuestra fuga en el momento.

(Vase ISMENE.)

*Scena III*

TESEO y ARICIA.

TESEO

Vos mudáis de color, y me parece  
que se turba vuestra alma con mi aspecto;  
mas, Señora, decid: ¿qué es lo que hacía  
Hipólito con vos en este puesto?

ARICIA

Señor, se despedía para siempre.

TESEO

Vuestros ojos hermosos y alhagüeños  
han sugetado su valor esquivo,  
y han sabido inspirar los primeros  
suspiros fervorosos, que ha exhalado  
su pecho hasta aquí, rudo.

ARICIA

Yo no puedo  
negaros la verdad, él no ha heredado  
vuestra adversión injusta.

TESEO

Yo os entiendo;  
os estaba jurando amor constante,  
mas no os aseguréis en los afectos  
de sus labios falaces, porque a otras  
hace también los mismos juramentos.

ARICIA

¿Él, Señor?

TESEO

Sí Señora, y vuestro alhago,  
menos falso y traidor debiera creerlo;  
¿cómo podréis sufrir que de este enojo

se divida un amor?

ARICIA

¿Cómo vos mesmo  
podéis sufrir que tales imposturas  
se atreven a empañar el cristal terso  
de una vida tan bella? ¿Que tan poco  
conocéis las virtudes de su pecho?  
¿Sois capaz de culpar a la inocencia  
de delitos tan pérfidos y horrendos?  
¿Será posible que una espesa nube

a vuestra vista sola está cubriendo  
una virtud que a la de todos brilla?  
¡Ay Señor! Vos estáis ahora mui ciego  
y le entregáis con bárbara injusticia  
de las pérfidas lenguas el veneno;  
dexad ese furor, y arrepentíos  
de vuestros impíos y mentidos ruegos;  
temed, Señor, temed que el Cielo justo  
indignado del mero rigor vuestro  
os aborrezca tanto que os conceda  
tantos impíos sacrílegos deseos;  
muchas veces coléricos reciben  
un sacrificio bárbaro y sangriento,  
su misma aceptación entonces suele  
ser la fiera mayor de los excesos.

TESEO

Vos pretendéis en vano disculparle  
de un hecho tan atroz, y vuestro afecto  
os quita la razón por este infame;  
mas yo testigos tan seguros tengo  
que irrecusables son; yo mismo he visto,  
yo vi correr un llanto verdadero.

ARICIA

¡Ay Señor! Proceded con más cautela;  
vuestro invencible generoso aliento  
de muchísimos monstruos execrables  
ha logrado librar al Universo;  
pero todos, Señor, no están destruidos  
y todavía alguno está viviendo...  
Mas vuestro hijo me impide que tenga,  
pues estando enterada del respeto  
que os conserva, ya sé que os aflige  
si acabara el discurso así siguiendo  
su pudor reverente; me retiro,  
porque no se aventure mi silencio.

*Scena IV*

TESEO y guardias.

TESEO

¿Quáles son las ideas ¡Cielo Santo!  
que oculta este discurso? ¿Éste a mí

pretende deslumbrarme con alguna fabulosa ficción? ¿Están de acuerdo los dos para apurarme? Mas yo mui a pesar de un enojo tan severo...  
¿Qué vos tan compasiva es la que escucho?  
¿Qué secreto piadoso sentimiento me turba el corazón, y me confunde?  
Segunda vez a Enone preguntemos, yo quiero examinar muy por menores todas las circunstancias del secreto, dadme luz ¡Cielo Santo! en esto... mo.  
Guardias, llamad a Enone y mui presto.

*Scena V*

TESEO y PANOPE.

PANOPE

¡Ay Señor! Yo no sé lo que la leona está ahora meditando; pero...  
de la horrible inquietud en que la miro, una furia mortal, un cruel despecho altera su belleza; y su tez cubre el color de la muerte macilentos; con cólera y furor de su presencia a Enone despidió; y ésta fue luego a arrojarse de el mar en lo profundo; no se sabe qué causa a un horrendo designio la ha obligado; mas las ondas la han sumergido a nuestros ojos mismos...

TESEO

¡Qué es lo que escucho, Dioses Soberanos!  
¡Ay de mí desdichado!

PANOPE

Este suceso no ha calmado a la Reyna, antes parece que su inquietud se aumenta por momentos; algunas veces por templar su angustia dice que quiere ver sus hijos tiernos; los mira, los abraza y los inunda en el llanto que vierte sobre ellos; pero de allá a un instante la abandona aquel dulce y materno sentimiento,

y con violenta mano los rechaza  
y desvía de sí como con tedio;  
camina incierta sin saber adónde;  
sus ojos vacilantes y perplexos  
a ninguno conocen; por tres veces  
se puso ahora a escribir con grande empeño,  
y otras tantas rompió lo que había escrito;  
¡ay Señor!, por los Dioses, id vos mismo,  
dignaos de socorrerla.

TESEO

¡Cielos Santos,  
se mata Enone con furor violento!  
¿Y Fedra morir quiere? ¡Ah!, que me llamen,  
que venga mi hijo aquí; ya estoi dispuesto  
a escuchar sus defensas; tú Neptuno,  
no precipites ahora tus funestos  
cruels beneficios, aunque nunca  
vuelvas a oír con atención mis ruegos;  
yo he creído quizá muy fácilmente  
testigos poco fieles, y muy presto  
hacia a ti levanté mis cruels manos;  
¡qué feroz será, Dioses, mi despecho  
si se cumplen mis votos!

(Vase PANOPE.)

*Scena VI*

TESEO y TERAMENE.

TESEO

Teramene,  
¿adónde mi hijo está? Yo a tu leal zelo  
le confié; pero dime, ¿de qué nace  
ese llanto que triste estás vertiendo?  
¿Dónde Hipólito está?

TERAMENE

¡Cielos sagrados!  
¡Qué afanes tan tardíos y superfluos!  
¡Terneza inútil! ¡Vanas atenciones!  
¡Ya Hipólito murió!

TESEO



¡Dioses eternos!

TERAMENE

Yo he visto perecer el más amante  
de todos los mortales y aún me atrevo  
a decir al más puro e inocente.

TESEO

¡Ya Hipólito murió! ¿Qué es esto, Cielos?  
¿Quando mi amor le abría ya mis brazos  
para abrigarle en mi paterno seno  
su muerte precipitan? Pero dime,  
¿cómo ha sido este golpe tan funesto?

TERAMENE

Salimos por las puertas de Trecena,  
Hipólito en su carro iba suspenso,  
los Guardias que le cercan le acompañan  
imitando su lúgubre silencio;  
caminaba confuso, y a Emizeras  
sus tristes pasos iba dirigiendo;  
su mano abandonada, desmayada,  
las riendas que pendían sin esfuerzo  
sobre la crespá crin de sus caballos;  
estos caballos vivos y sobervios,  
que llenos de un ardor noble y fogoso  
obedecían de su voz al eco,  
con veloz prontitud, ahora abatidos  
con ojos mustios, con caído cuello  
parecían que se iban conformando  
con las tristes ideas de su dueño.  
En este instante un grito pavoroso  
que del fondo del mar salió violento,  
turba el quieto reposo de los aires,  
y otra voz formidable que del seno  
de la tierra salía, le responde  
con espantosos hórridos acentos;  
al oírlo la sangre en nuestras venas  
se yela de temor y desaliento;  
la crin se les eriza a los caballos,  
y poco a poco sobre el campo terso  
del mar undoso, una húmeda montaña  
se va elevando, y crece en poco tiempo;  
la ola se acerca, choca, se revienta,  
y allí vomita a nuestros ojos mismos  
un monstruo formidable; su ancha frente

está armada con puntas, su gran cuerpo  
se juzga invulnerable, pues le cubre  
las escamas y conchas; y hecho a un tiempo  
impetuoso dragón, todo indomable,  
su cola enrosca en mil giros diversos;  
sus furiosos horrísonos bramidos  
retumban en la orilla, y hasta el Cielo  
ve con horror un monstruo tan horrible;  
tiembla la tierra, se estremece el viento;  
la ola que le cargó ceja espantada;  
todos huyen medrosos y dispersos,  
y sin armarse de valor inútil  
buscan asilo en el vecino Templo;  
sólo Hipólito, sólo aquel glorioso  
hijo digno de un Héroe se está quieto,  
detiene sus caballos atrevidos,  
toma sus armas, busca al monstruo fiero,  
y disparando con segura mano  
un dardo contra él, le abre en el seno  
una profunda y dilatada herida;  
el monstruo da bramido, y aún más recios;  
y sensible al dolor, lleno de rabia  
al pie de los caballos cae luego;  
se rebuelca, y furioso les presenta  
una boca inflamada, cuyo aspecto  
los llena de terror, y en un instante  
los cubre de humo, espuma, sangre y fuego;  
entonces el temor nos arrebata,  
corren precipitados, y ni el freno  
ni la voz les detiene; su triste Amo  
se consume en inútiles esfuerzos;  
mas los caballos con espuma roja  
el bocado ensangrientan siempre huyendo;  
aún se dice que un Dios cruel e irritado,  
los iba allí picando, y así el miedo  
que entre aquella roca los despedaza,  
cruge el eje, se rompe, y el excelso,  
el intrépido Hipólito, su carro  
ve volar por el aire ya desecho  
en menudas astillas, al fin cae  
enredado en las riendas; ¡o tormento!  
Excusad mi dolor, esta terrible  
imagen cruel sera para mi afecto  
eterno origen de un amargo llanto;  
yo vi, Señor, yo vi con dolor fiero  
arrastrar a vuestro hijo por los propios

caballos que criado había él mismo,  
él quiere detenerlos y les grita,  
pero su misma voz les da más miedo,  
se precipitan más desenfrenados,  
y el cuerpo de aquel Héroe en breve tiempo  
se hace todo una llaga; aquellos campos  
resuenan con las voces y los ecos  
de nuestros tristes gritos; finalmente  
cede de los caballos el aliento,  
y se paran no lejos de esas tumbas,  
en donde de los Reyes sus abuelos  
yacen depositadas las reliquias;  
corre a encontrarle mi angustiado zelo,  
la guardia me acompaña, y es su sangre  
el rastro que dirige el paso nuestro;  
las rocas, y peñascos que pasamos  
de un roxo color están cubiertas,  
y los abrojos que aún goteando estaban  
nos mostraba sus míseros cabellos;  
llego por fin, le llamo por su nombre,  
él me tiende la mano, y abre tierno  
sus moribundos ojos que al instante  
cierra otra vez y dice: amigo, el Cielo  
una inocente vida va a quitarme;  
después que yo fallezca sirve atento  
a la infeliz Aricia, y si mi padre  
mi inocencia algún día conociendo  
compadece de un hijo la desgracia,  
dile, querido amigo, con respeto,  
que para apaciguar mi triste sangre  
y a mi sombra doliente dar consuelo,  
trate con más dulzura a su cautiva,  
que le vuelva piadoso... A estos acentos  
el Héroe expira, y no dexa en mis brazos  
más que un cuerpo disforme, triste objeto  
en que triunfa la saña de los Dioses  
con cruel afán, y que los ojos mismos  
de su padre infeliz desconocieron.

#### TESEO

¡O hijo querido mío! ¡O hijo tierno  
de que yo por mi mano me he privado!  
Dioses terribles, que mis votos necios  
cruelmente habéis oído: ¿a qué mortales  
disgustos reserváis mi triste aliento?

## TERAMENE

En el instante llega la inocente  
y temerosa Aricia, a la que huyendo  
de vuestra ira, Señor, venía a aceptarlo  
por esposo en aquel sagrado Templo;  
se acerca presurosa y ve la yerva  
que humea con la sangre; mira luego,  
(¡qué objeto, Santo Dios, para los ojos  
de una infeliz muger que está queriendo!)  
mira a Hipólito yerto, y estendido  
sin forma de color por algún tiempo;  
duda de su infortunio, no conoce  
al Héroe que idolatra; le está viendo,  
y pregunta por él; pero al fin, cierta  
de que es su esposo aquel cadáver yerto  
con una triste y pavorosa ojeada  
acusa la barbarie de los Cielos,  
y cae el pie de su infeliz amante  
desmayada, sin fuerza y sin aliento;  
la fiel Ismenia que a su lado estaba  
anegada en su llanto, corre luego,  
y en sí la hace volver; más que a la vida  
evoca su sentido a los lamentos;  
y detestando yo la luz del día,  
a deciros, Señor, vengo corriendo  
la voluntad postrera de aquel Héroe,  
y a cumplir el encargo lastimero,  
con que su corazón ya moribundo  
sobre mí reposó... pero a este puesto  
se dirige su bárbara enemiga.

## *Scena VII*

TESEO, FEDRA, TERAMENE, PANOPE y Guardia.

## TESEO

Ya por fin se ha logrado vuestro anhelo,  
ya Hipólito murió; ¡ah!, ¡qué razones  
tengo de desconfiar, cómo un recelo,  
una sospecha cruel, y bien fundada  
lo justifica y me debora el pecho!  
Pero, por fin Señora, ya ha espirado;  
gozad del fruto cruel de vuestro ceño,  
y os consuele su trágico desastre  
legítimo o injusto; yo consiento

en que mis ojos siempre estén cerrados,  
y quiero persuadirme a que era reo,  
pues que vos lo ocultáis, al llanto mío  
su muerte ofrece suficiente objeto,  
sin que emprenda buscar luces odiosas,  
que no siendo capaces de volverlo  
a mi justo dolor, sólo serían  
capaces de aumentarme los tormentos;  
dexadme pues, que lexos de esta orilla  
me parece que todos ven con tedio  
mi injusticia cruel; mi grande nombre  
de mi dolor aumentan lo violento,  
pues menos conocido, lograría  
ocultarme mejor del Universo;  
estoy aborreciendo hasta el cuidado  
con que me honran los Dioses, y voy luego  
a llorar sus mortíferos favores  
sin fatigarlos con mis tristes ruegos;  
por más que hagan por mí, ya no me pueden  
valer los que tiranos y sangrientos  
me han quitado hasta el ser.

FEDRA

Teseo, oídme.

Ya es tiempo de que rompa mi silencio,  
y de que al fin mi injusto labio aclare  
la inocencia y candor del hijo vuestro,  
él no era delincente.

TESEO

¡Infeliz padre!

Sólo por vos le condené severo;  
inhumana, pensáis que ahora os disculpa...

FEDRA

Mirad que son preciosos los momentos;  
escuchadme Teseo: yo soy sola  
quien sobre tu hijo casto y de honor lleno  
eché profanos e incestuosos ojos,  
el Cielo puso en mi infelice pecho  
una funesta llama; la impía Enone  
conduxo lo demás; tube recelo  
de que Hipólito fuera a descubriros  
todo el horror de mis infames fuegos;  
la malvada, abusando de la extrema  
flaqueza en que me vio, logra el momento,

y se adelanta pérfida a acusarlo;  
ella se dio el castigo de su exceso;  
en el mar por huir de sus furores  
se dio muerte, aunque dulce, y ya el azero  
hubiera terminado mi destino,  
sino hubiera pensado que muriendo  
dexaba sospechada a la inocencia;  
por eso quise a vuestros ojos mismos  
exponer mi delito, y al sepulcro  
baxar por un camino aunque más lento;  
ya he bebido, Señor, ya está en mis venas  
un horrible mortífero veneno  
que hasta aquí trajo Medea; ya ha llegado  
hasta mi corazón su altivo esfuerzo  
y en él derrama un frío que le yela,  
ya no puedo mirar sino entre velos  
al Cielo y al esposo, a quienes sirve  
de ultrage mi presencia; y ya extinguiendo  
las luces de mis ojos la cruel muerte  
al día restituye el puro aliento  
que infestaba lo atroz de mis delitos.

PANOPE

¡Ay Señor, que ya espira!

TESEO

Justos Cielos,

¿por qué también no espira con su vida  
la memoria de un hecho tan perverso?

FIN